

La Esfera

13 Enero 1917

Año IV.—Núm. 159

ILUSTRACION MUNDIAL



INFANTIÑA DE ARAGÓN (Siglo VI), cuadro original de Francisco Pradilla.—(Propiedad de los hermanos Bou)

LOS MONUMENTOS DE ZARAGOZA



Monumento al Justicazgo, la más popular de todas las inscripciones en la antigua monarquía aragonesa



Monumento conmemorativo de los gloriosos Sitios, que se erigió cuando la Exposición Hispano-Francesa

DE LA VIDA QUE PASA

EL DESDÉN DE SÍ MISMO

DESDEÑARSE á sí mismo, desdeñar su obra, no contentarse con nada ó acaso con muy poco de la propia producción, ¿es una prueba de superioridad en el artista? Sin necesidad de contestar directamente á esta pregunta, puede desde luego afirmarse que tal manera de ser es una gran desgracia. Vivir constantemente en el temor de que lo producido es malo; de que ha de ser objeto de la indiferencia ó de la dura crítica ó de la burla, que es peor, es no vivir; además es un medio de realizar menos y peor de lo que se puede, porque la desconfianza en el propio valer lo disminuye y porque quien se lanza á nadar si empieza por creer que no podrá y que podrá ahogarse, lo más probable es que se ahogue. En cambio, ¡qué dichosos los seguros de sí! Mientras aquel pintor, ó aquel autor dramático, ó aquel poeta, de esa categoría de los desconfiados, producen con inquietud, miran, luego, la obra con recelo, la lanzan al público y ni aun con el aplauso se convencen de haber hecho algo bueno, ved á este otro artista feliz: os hablará de su último cuadro y os obligará á ir á verlo, os meterá su último libro por los ojos; en la tertulia del café, en medio de la calle, os referirá el plan de lo que tiene entre manos, os enseñará algún apunte ó leerá algunas cuartillas, y todo con una seguridad que coarta el ánimo de quien pudiera hacer la observación crítica más leve. ¡Seres dichosos para quienes la hipertrofia del espíritu no es una grave enfermedad! ¡Qué envidia producís en los que llevando dentro al crítico y temiendo siempre y en todas partes, encontrarlo, desconfían de su obra y hasta parecen huir de ella! Son éstos los que no quieren reproducir ó reeditar algo suyo que gustó, por miedo de que se rectifique el público, de que caiga en la cuenta de que es malo aquello

que una vez diputara por bueno; son los que miran como una chiripa la fama ó el crédito alcanzados, porque creen estar en el secreto de que no lo merecen; son los atormentadores de sí mismos, que en cuanto pueden emanciparse se emancipan del arte y lo abandonan.

Recuerdo, y me parece que no olvidaré nunca —tal plácida y regocijada emoción me produjo—, una tarde, hará cinco ó seis años, en que invitado á tomar café en casa de un notable escritor y catedrático, me encontré en ella con un literato de los de más renombre, y que tiene un talento dislocado y parcial, pero indudable. ¡Cómo disminuyó para mí la talla de aquel escritor en aquella tarde que me supo tan amarga! Porque para leer ó oír leer, lo primero que hace falta es la disposición de ánimo y yo iba aquella tarde dispuesto á fumar, á charlar, á bromear, en la grata compañía de mi amigo, sin pensar en que hubiéramos de ocuparnos únicamente de literatura. Pues nuestro gran literato nos leyó unos versos—algunos no lo eran—y unos cuentos, y por último todo un acto que tenía escrito para Lara, y que por cierto no se ha estrenado aún. Y nuestro buen hombre no nos pedía con la mirada interrogativa admiración, nos la imponía, pues él mismo nos marcaba los párrafos que consideraba lo más genial de todo aquello en que había profundidades, agudezas, detalles de acertada observación y muchas tonterías.

No hace más de una semana encontré por la calle de Fuencarral á un literato muy mediocre, pero muy conocido. Yo le conozco de vista, él á mí no, lo cual me permitió seguirle, marchar casi á su lado, porque iba tan orondo, tan gozoso, con tal gesto de seguridad, con tal inflada expresión de «¡aquí voy yo!», que era una delicia contem-

plarle. A mí, estudiarle, me hizo pasar unos minutos deliciosos.

Pues éstos así son innumerables. Y es lo peor—ó dicho con la debida nobleza, es lo mejor—que algunos á fuerza de seguridad, de creerse el eje del universo mental, de disputar todo lo propio como cosa admirable, de preocuparse, leer, tachar, enmendar, estudiar, absorber, acaban por perder su tontería y ganar en talento y por producir al cabo de unos años de borricos vanidosos, pacientes y tozudos, obras apreciables y aun notables.

Lo cual demuestra que lo primero que debe tener el hombre es la confianza en sí, aunque no esté justificada y aunque se manifieste de manera ridícula.

Tengo un amigo que ocupa hoy una brillante situación periodística y está en camino de ocuparla política, á quien cuando nada era, profetice que sería lo que ya es. Mas como al mismo tiempo no pudiera dejar de traslucir el desdichado concepto que me merecía su inteligencia, me preguntaba:

—Pero ¿cómo cree en mi porvenir si no cree en mi talento?

—¿Y qué importa que no crea yo en usted, cuando usted cree?

No, jóvenes artistas, no seáis nunca autoeróticos. Ese soneto cojo, esa mala novela, ese engendro dramático, ese lienzo, esa escultura, tenedlo todo por lo mejor del mundo. Así estaréis en camino de hacer alguna vez algo bueno, y aun cuando no lo hagáis seréis felices, como ese pobre pintor destocado á quien conocéis todos y al que no hay quien quite de la cabeza que él vale más que Sorolla ó Romero de Torres.

CLAUDIO FROLLO

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



VALLADOLID.—HERMOSO PÓRTICO DEL ANTIGUO COLEGIO DE SANTA CRUZ, CONVERTIDO ACTUALMENTE EN BIBLIOTECA Y MUSEO, QUE CONSTITUYE UNO DE LOS MÁS BELLOS ORNAMENTOS ARQUITECTÓNICOS DE LA CAPITAL FOT. HIELSCHER



MOMENTOS HISTÓRICOS

POR EL FAVOR DE UNA REINA

(22 de Enero de 1677)



OTRA cumbre del favor venida á tierra es-
truosamente fué este D. Fernando de
Valenzuela, más no cayó como otros por
hastío del soberano á quien sirviera con ansia
de su propio medro, sino de sus personales y
políticos enemigos, que aun desta suerte quisie-
ron castigar el amor licencioso de una reina.

Casi todos los favoritos que en el mundo han
sido, lograron escalar la cumbre de su fortuna
bordeando las faldas reales, pero siempre gus-
taron las mieles del favor y de la concupiscen-
cia á costa del pueblo sufrido.

Este D. Fernando no tenía más alicientes que
los de ser buen mozo y de muy cortesanías pre-
ndas (pues hasta de versos se le entendía) para
dominar sobre la voluntad de la reina madre
Doña Mariana de Austria.

Llegó un tiempo en que el escándalo compro-
metió tan gravemente la majestad del trono, que
decidióse parte de la nobleza española á quitar
la ocasión apoderándose del favorito.

Carlos II, el infeliz monarca, víctima de las
banalidades de su madre, influido por ella, fué
quien procuró, de acuerdo con el Prior de El
Escorial, la huida del privado caído en des-
gracia.

Mas no había medio de sacar á Su Excelencia
de la Corte sin que fuese advertido, pues á to-
das horas velaban sus contrarios para apode-
rarse de él, y así fué preciso esperar á una no-
che fría y lluviosa que fué la del 24 de Diciembre
de 1676.

En la tarde de aquel día recibió Fray Marcos
de Herrera, un papel escrito de puño y letra del
monarca que decía: «Mañana al amanecer».

El buen Prior, á pesar de la crudeza del tiem-
po, fué puntual á la cita.

El caído en desgracia salió de Palacio acom-
pañado por D. Alfonso de Herreros, oficial de
la secretaría de Estado, única persona que le
era adicta en la adversidad.

En otro coche, con dos monjes, esperaba el
Prior.

Seguía una escolta de veinte caballos.

Así como se hallaron, emprendieron la jorna-
da por distintos caminos, Valenzuela por el
Pardo y Fray Marcos por Torrelodones.

La noche era infernal, de las peores de aquel
crudísimo invierno. La lluvia caía torrencial-
mente, los arroyos habían crecido en manera
tan extraordinaria, que en muchos de ellos al
vadearlos entraba el agua en los carruajes.

Al fin, tras de mil riesgos, llegaron en la tar-
de de aquel mismo día al Real Sitio.

Aunque diz que pocos favores debió
el Monarca al ministro cuando estuvo
en el poder, tratóle la comunidad con
toda suerte de comodidades y respetos,
y Su Excelencia solía consolarse de la
pena del destierro con la charla amena
de los frailes y con mirar desde la ven-
tana de su aposento el camino tortuoso
que llevaba á la Corte donde su grande-
za quedara tan por entero fenecida.

Erase una tarde serena de Enero que
pugnaba con mucha fortuna remedar á
las del Abril florido. Distaído estaba
D. Fernando en mirar la esplendidez del
paisaje, cuando allá en un recodo vió
aparecer nutrido tropel de gente de á
caballo. Presto vió que eran soldados,
y conociendo que no á otra cosa que á
su busca podían venir, acudió á buscar
amparo en Fray Marcos de Herrera.

Este salió al encuentro de la tropa á
las puertas mismas del Monasterio.

Componíase la fuerza de quinientos
soldados de caballería al mando del
Duque de Medina Sidonia, al que acom-
pañaban D. Antonio de Toledo, primo-
génito de la casa de Alba, el Marqués
de Falces, D. Luis de Peralta, el Conde
de Fuentes, el Marqués de Valparaiso y
D. Bernardino Sarmiento, capitán de la
artillería de Cataluña, cuyo título debía
al mismo D. Fernando de Valenzuela.

El Prior invitó cortesmente á los je-
fes, pero éstos, no queriendo ser más
de hombres de guerra, rechazaron brus-
camente todo ofrecimiento.



D. FERNANDO DE VALENZUELA

—Nada queremos—habló por todos D. Anto-
nio de Toledo—sino es que nos entreguéis al
traidor de Valenzuela.

Sin desconcertarse Fray Marcos, le respon-
dió que luego lo haría tan pronto como le mos-
trasen la orden de Su Majestad.

Dijeron ellos que la orden se les dió de pala-
bra, á que tornó á replicar Fray Marcos que
desa manera no entregaría el preso, de más que
allí estaba amparado del derecho de inmunidad
que goza todo lugar sagrado.

El furor de los enemigos de Valenzuela fué
grande y desatáronse en denuestos é impropie-
rios contra la comunidad, pero no pudieron ha-
cer otra cosa más de cercar el recinto para evi-
tar la fuga del preso.

Al día siguiente, luego de dar toda clase de
seguridades al Prior, de que sería respetada la
persona de D. Fernando, y retirada toda la fuer-



DOÑA MARIANA DE AUSTRIA
(Cuadro de Coello, que se conserva en el Museo del Prado)

za del recinto, hubieron con el ministro y ante
toda la comunidad una entrevista el de Medina
Sidonia y el de Alba, de la que éste no salió
muy bien parado en labios de D. Fernando, pues
que le echó en cara cuantos favores y privile-
gios le debía, y que prestárase en pago á ser
cabeza de motín para acudir á prenderle.

Medina Sidonia procuraba convencer á Valen-
zuela de que se entregase por su voluntad, con
lo que evitaría mayores males, pero escuchando
las justificadas quejas contra D. Antonio de To-
ledo, acabó por decir:

—Confieso que si tanto bien se me hubiera
hecho, nunca me hubiese apartado de Vucele-
ncia.

ooo

Viendo que nada conseguían por la via *diploma-
tática*, miraron á ir consiguiendo su logro por
la fuerza, para lo cual aumentaron fuera las guar-
dias y colocáronse algunas en los mismos
claustros.

El Prior, viendo cómo el peligro iba en au-
mento y que al fin se apoderarían de su prote-
gido, escogió un escondrijo á espaldas de la
iglesia encima del dormitorio del Rey y allí tras-
ladó á Valenzuela, encargándole paciencia y
quietud.

Excepto la libertad, nada podía echar de me-
nos, porque estaba excelentemente provisiona-
do y lleno de comodidades.

Al fin los enemigos decidieron por tomar á
Valenzuela á todo riesgo, y no habiendo otra
manera, allanaron el monasterio rompiendo la
clausura.

Fulminó Fray Marcos de Herrera, en función
solemne, todos los anatemas de la Iglesia, pero
ni esto les contuvo, que en todas partes ponían
el pie como en país conquistado.

Don Fernando, lleno de pavor, oía desde su
escondite el ir y venir de los soldados y no pen-
saba ya en otra cosa sino en que su vida hallá-
base en los mismos umbrales de la muerte.

Creía que en ningún sitio estaba más en pe-
ligro que en su escondite y procuró salvarse.

Por huir de la *Descarnada* estuvo más en
riesgo de caer en sus brazos.

Con la ropa de la cama hizo una soga y pon-
niéndola fuera de la ventana descolgóse por el
empizarrado, yendo á parar á uno de los des-
vanes de la iglesia.

Desde allí salió aturrido al claustro principal
alto donde topó con un centinela.

A su vista quedó D. Fernando como de már-
mol. Conocióle el soldado, más á lo
que se ve era hombre de corazón, pues
que le dijo:

—Vaya con Dios Vucelencia por todo
este claustro adelante. La contraseña es
Brusclas.

Siguió el huído hasta dar en el dor-
mitorio de novicios, quienes procuraron
ocultarle en un camaranchón de la Bi-
blioteca detrás de un cuadro grande.

Pero así como primero tropezó con
un alma buena, dió después con un re-
negado lego del monasterio, llamado
Juan Rodríguez, que le delató á D. An-
tonio de Toledo.

En aquella misma noche, 22 de Enero
de 1677 y como se le halló á medio ves-
tir, emprendióse el viaje hasta las Rozas,
adonde D. Juan de Austria envió orden
de que sin pasarle por la Corte, se le
trasladase á la fortaleza de Consuegra.

ooo

Triste fin, por el favor de una reina,
tuvo el Señor D. Fernando.

Luego de muchas humillaciones, fué
despojado de todos sus bienes, que diz
que eran cuantiosos, y desterrado á Fi-
lipinas, donde feneció en la mayor mi-
seria.

No se sabe que Doña Mariana de
Austria, á quien debió su caída, hiciese
nada por su rehabilitación, antes bien
es posible que procurase con más ahin-
co que con Valenzuela desapareciese
aquel capítulo de su vida sentimental.

DIEGO SAN JOSÉ



NOCTURNO GALANTE

Alegres cenas montmartresas
en nuestro Madrid manolesco;
danzan un tango picaresco
los apaches y las marquesas.

Entre lujuriosos aromas
y locos valeses de opereta
surge el "mallot" y la careta
del moderno dandy, "Fantomas".

Borracha de éter y morfina
sueña una frágil figulina
con el brillar de las navajas,

y que un apache decadente
la acaricia exquisitamente
mientras le roba las alhajas.

Los galanes lucen tatuajes
y fuman opio las mujeres
y beben ardientes brebajes
que encienden los raros placeres.

Las marquesas y las cocotas
son gemelas flores del Mal,

mientras se desgranaban las notas
de los valeses de Leo Fall.

Artistas á lo Juan Lorrain,
viejos faunos que saben bien
todas las sendas del Pecado.

¡Podre elegante en carne viva!
mientras la luna guña, arriba,
como un apache enharinado!

E. CARRÈRE

DIBUJO DE RAMÍREZ

NUESTRAS VISITAS

D. JOSÉ R. CARRACIDO



D. José R. Carracido, con su nieto, en su gabinete de trabajo

Yo no tengo nada que hacer más que contestar á las preguntas que usted me dirija. Es decir, aunque rector, en este momento soy alumno de usted; pregunte cuanto guste, yo responderé cuanto sepa y después me dará usted la calificación adecuada—me dijo el sabio doctor Carracido al mismo tiempo que nos acomodábamos en su despacho, un despachito modesto que recibía por un balcón la luz gris de aquella tarde brumosa.

—Lo que yo sentiría es entretenerle—me atreví á insinuar—, porque su nuevo cargo no le dejará tiempo para nada.

—No se preocupe usted—insistió, amable—. No tenga prisa. Ahora estamos en vacaciones.

El Rector de la Universidad es menudito, encogido y de movimientos nerviosos. No obstante, cuando habla, se reposa notablemente. Entonces sus movimientos—con los cuales ayuda la expresión de sus frases—siguen el ritmo de su pala-

bra fácil. Nunca puede sustraerse á la influencia de la cátedra; hasta en la más sencilla conversación siempre es el profesor que explica.

—Dígame, D. José: ¿está usted satisfecho de su nuevo cargo?

—El cargo es honrosísimo; pero está erizado de dificultades. Hay que abrir bien las puertas para que entren corrientes modernas por los claustros de las Universidades. La Universidad Central, desde hace tiempo, era más bien que un centro de enseñanza una oficina, un centro burocrático adonde asistían los catedráticos en su mayoría con el poco amor y la poca afición del empleado que asiste á la oficina. Yo, precisamente para evitar ésto, y al mismo tiempo para estrechar las relaciones, tengo el decidido propósito de celebrar claustros con relativa frecuencia, cosa que antes se hacía de año en año. También pienso, con igual fin, dar tés de vez en cuando en el mismo salón rectoral. Esto, que

parece una profanación, dará por resultado que los catedráticos se traten íntimamente. En el extranjero, en las Universidades, se celebran fiestas de carácter literario y erudito, análogas á las que yo me propongo implantar en nuestra Universidad de Madrid. De esta forma no ocurrirá lo que hasta ahora: que hay muchos catedráticos que pasan años y años sin tratarse y otros que no se conocen siquiera. Cambiando impresiones con frecuencia en la casa rectoral matriz, irán formando el alma corporativa tan necesaria en la enseñanza.

—El ministro de Instrucción pública, al entregarle el nombramiento, ¿le hizo algún encargo?

—Ninguno. El ilustre Burell, al poner el nombramiento en mis manos, me dijo: «Se lo doy á usted sin recomendación ni advertencia ninguna, como si la Universidad fuera completamente autónoma; lo que yo quiero es que tenga usted iniciativas, que yo suscribiré y apoyaré.»

Hizo una pausa. Con sus manos delgadas y largas se mesó sus cabellos grises y erizados. Después siguió:

—Yo encuentro á Burell muy afanoso, animado de un vivísimo deseo de hacer cosas, de dejar una huella saludable en la enseñanza.

—¿Ambicionaba usted el cargo de Rector?

—Nunca he pensado en ello ni me creí con méritos suficientes para desempeñarle.

—¡Oh! Eso es una modestia exagerada.

—No, no lo crea usted.

—¿Cuántos años llevaba usted de catedrático?

—Treinta y seis años explicando cursos en la Universidad Central.

—¿Siempre ha sido usted catedrático de química biológica?

—No, señor: primero expliqué la cátedra de química orgánica diecisiete años, y luego hice oposiciones á la que ocupo hoy. Así es que, con tan larga vida de catedrático, tengo ya pobladas las Universidades de profesores eminentes que fueron discípulos míos.

matriculas, libros y el trajecillo de la temporada. De modo, amigo Audaz, que empecé á ejercer el magisterio á los quince años.

—¿Y tenía usted gran afición por los libros de texto?

—Tenía y tengo... Ya más que cariño, amor. Entre ellos he pasado toda mi vida, á ellos le debo todo lo que soy; aunque no fuese más que por egoísmo y agradecimiento.

—Pero ¿y cuando pequeño?

—También... Mis padres hacían sacrificios inauditos por sacar de mí un hombre de provecho; yo no hubiese correspondido á estos extremos siendo un desaplicado... Así es que puse toda mi voluntad y mi entendimiento al servicio de mis estudios. El año setenta y cuatro terminé la carrera de Farmacia y vine á Madrid á doctorarme. Hice oposiciones á Sanidad Militar y las gané con el número uno; por cierto que tuve una suerte enorme. Verá usted: Cuando me estaba preparando para estas oposiciones caí soldado; entonces solicité y obtuve permiso para no in-

—Sí, señor: formo parte de la Academia desde el año 87. He sido el académico que entró más joven en ella. Posteriormente, entré en la de Medicina y en la Española. En esta última recordará usted que reemplacé á Benot.

—¿Y periodista, no ha sido usted?

—Sí, señor: muchos años. En los Lunes de *El Imparcial* he escrito bastante tiempo.

—En qué situación ha encontrado usted la Universidad de Madrid?

Dudó un momento... Después con resolución exclamó:

—Yo, como gato viejo en la casa, sé de todos los males que adolece... En la actualidad se halla en un lamentable estado de perturbación; sobre todo en lo referente á disciplina escolar... Cada año los escolares imponen vacaciones más largas... ¿Y la Universidad, como edificio? Esta Universidad Central, no reúne condiciones de higiene ni de alegría necesarias, para formar espíritus fuertes...

—¿Tiene usted hijos?



Carracido con su familia

FOTS. GAMPÚA

—¿Quiere usted hablarme algo de su niñez y de sus primeros pasos en la carrera?

—Mi niñez transcurrió en Santiago de Compostela, que fué en donde yo nací.

—¿Sus padres de usted?—inquirí.

—¡Oh, mis padres! Mis padres eran menestrales, infelices que vivían del trabajo material. Eramos nueve hermanos y yo el más pequeño de todos... el Benjamín. Todos fueron muriendo muy jóvenes, quedando yo solo como paño de lágrimas para los ojos de los viejos padres. Y, claro, en mí reconcentraron ellos el cariño de los ocho muertos y me adoraban. Como Santiago es una ciudad que no tiene más vida ni más mundo que el que le da la Catedral y la Universidad, resulta que, para aquellas buenas gentes, el *sumum* de la gloria es llegar á ser Canónigo ó Rector. Así, mis padres, alentados por este sueño dorado respecto á mí, acordaron hacer toda clase de sacrificios imaginables para darme una carrera universitaria. Además, cuando yo me hice bachiller, que lo fuí á los quince años, comencé también á ayudarme en mis necesidades, ganándome, si no la vida, parte de ella, y, sobre todo, los estudios.

—¿Qué hacía usted?

—Daba lecciones durante el verano á los discípulos suspendidos en Junio, preparándoles para el examen de Septiembre. Acosumbraban á pagarme una miseria; dos ó tres duros al mes, á pesar de ir diariamente á sus casas; pero, en fin, como tenía varios, con el producto pagaba

corporarme á filas hasta que no se hubiesen verificado las oposiciones, y como tuve la fortuna de ganar plaza, serví al Rey de oficial.

—Muy curioso.

El continuó:

—Estuve en Sanidad Militar hasta el año 80 que por no ir á Africa destinado dejé la carrera. Por este motivo viví una temporada muy trabajosamente hasta que salió á oposición la cátedra de Química orgánica.

—¿Qué edad tenía usted entonces?

—Tenía veinticuatro años y más ilusiones metidas en la cabeza que una muchacha de quince abril.

—¿Cuántos opositores se presentaron?

—Cinco de lo más temible del Cuerpo.

—¿Y usted no había sido ya catedrático en provincias?

—Ni catedrático, ni siquiera alumno de esta escuela.

—¿Y ni era usted conocido?

—Eso sí... En el mundo literario era muy estimado y tenía mucho público. Yo era uno de los ateneístas más conocidos porque me había significado mucho dando conferencias que fueron muy elogiadas; así es que cuando hice mis oposiciones á la cátedra, se descolgó á presentarme casi todo el Ateneo... Por cierto que mis contrincantes decían que yo me los había llevado de *claque*. Pues bien; gané la cátedra y ya pasé á ser persona íntima.

—¿Es usted académico de Ciencias?

—Tengo dos: Uno que ha salido recientemente Ingeniero de Caminos con el número dos, y una muchachuela de diecisiete años que ya tiene un sucesor de ocho meses.

—¿A pesar de ser Rector, seguirá usted asistiendo á su cátedra?

El ilustre Carracido hizo un gesto de resolución.

—¡Ah!, ya lo creo. Yo he de ir todos los días á mi cátedra. Eso no lo dejo por nada... Al final de mis años, tengo el placer de decir que en todo el tiempo que llevo de ser catedrático, no he faltado jamás y no he disfrutado ni de una licencia en mi carrera...

—¿Es usted el decano de los catedráticos?

—Soy el decano de los decanos.

—¿Opina usted que en lo referente á enseñanza hemos progresado en España?

—Sí, señor. La enseñanza, sobre todo en Ciencias, ha progresado notablemente. Y ha empezado este movimiento científico desde que hemos perdido las colonias. Ahora bien: lo que le hace falta á España es que también se desarrolle la producción científica.

□□□

Se iba la luz gris.

El sabio maestro continuaba con la cabeza apoyada sobre la mano derecha en una actitud muy de pensador.

EL CABALLERO AUDAZ

PIZARRO EN LA ISLA DEL GALLO

FRANCISCO Pizarro, hostigado por el calor y el ansia de la espera, abandonó su tienda y se acostó en la playa, bajo la noche clara y estival. Estaba en la solitaria isla del Gallo, hacia el Norte del Perú, con un centenar de conquistadores, aguardando refuerzos del gobernador de Panamá para proseguir la conquista de El Dorado. De repente se puso en pie y aspiró á grandes alientos el aire marino, perfumado y salobre. Sus ojos, al par soñadores y enérgicos, escudriñaban, inútilmente ansiosos, la presencia de una nave amiga en la anchura del mar. Nada veía en el horizonte, enorme y mudo como su desesperación; sólo en el agua las fosforescencias verdosas, en el aire el brillar de las luciérnagas, y allá, arriba, la luna llena, redonda, congestionada, como un extraño sol nocturno.

Volvió á tenderse en la playa. Los rayos del satélite ponían un reflejo azulado en la coraza del conquistador, que al irradiar, dábale, en la soledad de la noche, un aspecto singular, misterioso y fantástico. Sobre el lienzo de arena, el rostro demacrado y anguloso, y la barba negrísima, nimbada de luna, recortábanse como la testa de un viejo Cristo bizantino. Abollada la coraza, huérfano de cimera el casco, raído el justillo, descalzo, destrozado y maltrecho, pero altivo en su miseria como un héroe en desgracia, la grandiosa figura de Francisco Pizarro parecía predecir la de aquel loco paladín andante que inmortalizó la pluma de Cervantes.

Pizarro ensoñaba, evocando el pasado y queriendo avizorar el porvenir. Y su recuerdo volaba hasta las horas de su infancia, en una ciudad extremeña, huérfano, serio y triste, pastor de cerdos un tiempo, criado, después, de un monje platero artífice, que labrando custodias y cálices despertó en él la codicia y la sed de riquezas; la melancolía de los que no fueron niños jamás habíase traducido en él en un sentimiento de rebelión, y las narraciones fabulosas de un *nuevo mundo*, por aquel entonces tan en boga—mediados del siglo XVI—, comparadas con lo miserable de su condición, sugiriéronle un deseo incierto é incontenible de batalla y de oro. Alistado en las filas de los aventureros que emigraban, adiestróse en el arte de la guerra, y fué ante la inesperada aparición del Grande Océano cuando vió á Núñez de Balboa entrar en las aguas y oyóle gritar con épica entonación, «yo me apodero de vosotras en el nombre de mi Dios y de mi Rey» cuando brilló en su mente la visión clara y precisa de aquel nuevo mundo que debía conquistar. Entonces puso la suerte en su camino á dos hombres como él, ambiciosos y decididos, Hernando de Luque y Diego Almagro, que, cooperando á la empresa, reunieron dinero, equiparon fuerzas, consiguieron la protección del gobernador de Panamá y cumularon de una misma hostia, jurando llevar más allá de los mares la cruz de Jesucristo y el pendón castellano. Todo lo recordaba con profunda tristeza el denodado extremeño, agente belicoso y activo de la conquista, mientras aquella noche, maltrecho y herido, esperaba con un ruñado de hombres hambrientos, en la desierta isla del Gallo, un refuerzo del gobernador de Panamá, que ya tardaba mucho en llegar...

Un rayo de sol dió un beso de fuego en el demacrado rostro del conquistador español. Francisco Pizarro se levantó de nuevo. Era una mañana deslumbrante: bajo la luz del gran astro, la arena, el océano y el aire tenían una á la vez diáfana y áurea coloración. De pronto, el esforzado buscador de oro dió un gran grito:

—¡A mí, soldados, que los hermanos vienen á nosotros!

De las tiendas que alteaban, como pájaros blancos, en la llanura amarilla, salieron cien soldados macilentos, con débil paso, al son crujiente de sus armaduras. Allá lejos, en el cielo luminoso,



se recortaban las velas de las galeras engalanadas con el pabellón de Castilla.

Pero desvaneció la esperanza que había agolpado en la playa á los soldados. Arribados los buques y desembarcados los viajeros, pronto se supo que no venían á prestar ayuda, sino á echar por tierra sus esfuerzos. El caballero Tafur, que era quien comandaba las embarcaciones, dirigióse á Pizarro en tono de reproche zumbón. Era hombre pequeño y ventruado, de corva nariz y ojos oblicuos; en sus fríos labios, astutos y descoloridos, había una expresión helada y cortante, de malicia y de perversidad.

—Vuestra gloria se opaca, seor don Francisco; pero vuestra locura cura y vuestra vida se salva.

—No os entiendo, caballero Tafur—respondió—

Tras de una breve pausa, terminó diciendo:

—Por esto, pues, tengo orden de que todos volváis á Panamá.

—Todos, no—exclamó Pizarro—; que en mi albedrío nadie se entra y he de quedarme á morir con mi locura ó á triunfar con ella.

Sus negros ojos se clavaron retadores en el confuso emisario, y, bajo la voz iracunda, la gran barba del guerrero tembló con belicoso vibrar.

—Eso... al gobernador—murmuró con su helada sonrisa Tafur.

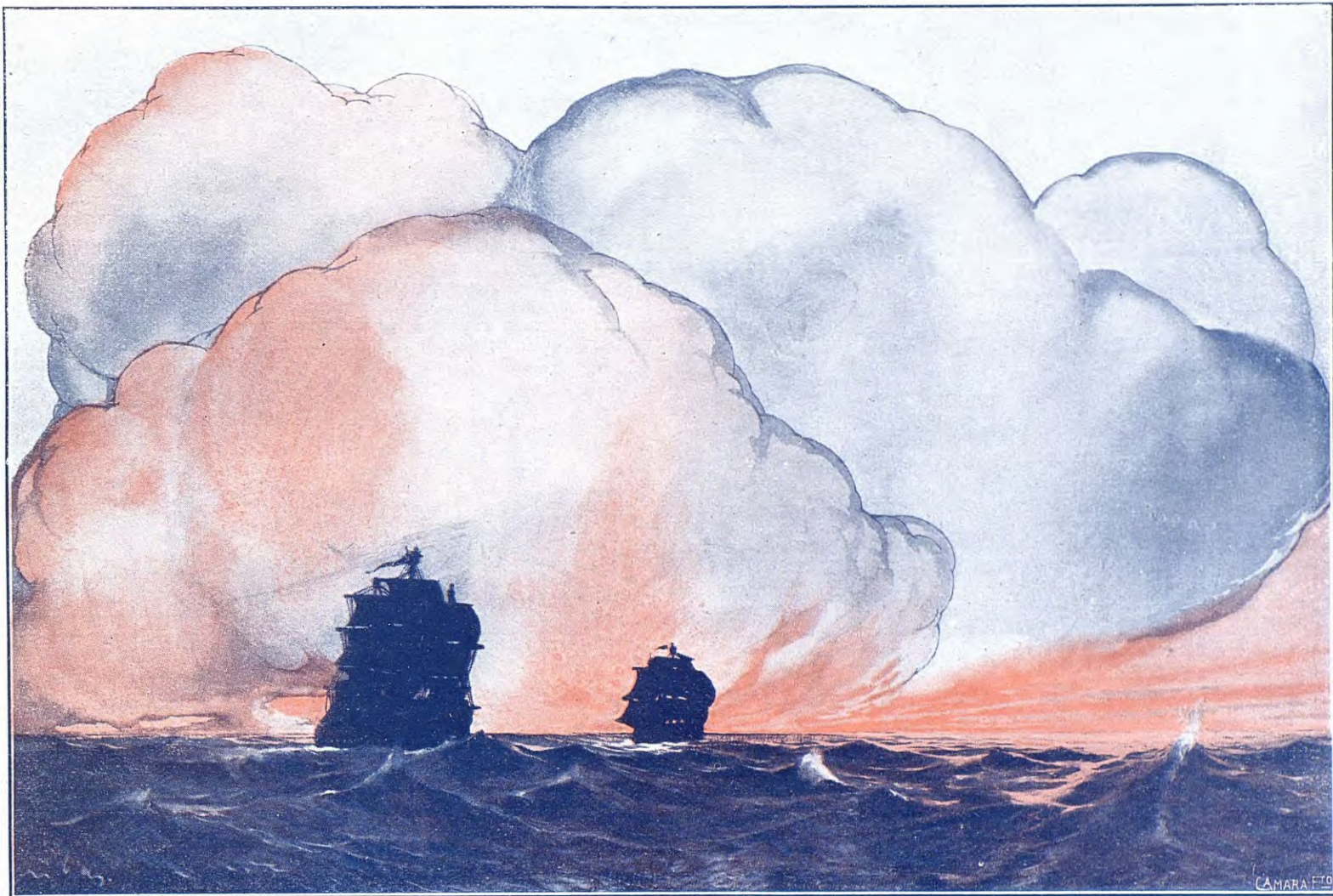
—¡Y á vos, grandísimo bellaco!—rugió Pizarro—. ¡A vos, emisario de la cobardía y la desconfianza, que no os avergonzáis de venir á sobornar á un puñado de buenos españoles y de buenos cristianos.

—Reportaos, seor don Francisco, y no hagáis

trazó una línea de Oriente á Occidente. Sus ojos brillaban con fulgor de poseídos, y la voz resonó como un clarín guerrero:

—Por aquí—dijo señalando al Norte—se va á Panamá, á la pobreza y á la vergüenza; por allá—agregó señalando al Sur—se va al Perú, á la riqueza y á la gloria; y ahora escoja el que sea buen castellano lo que mejor le estuviere.

Y erguido, con majestuoso continente, el esforzado, noble y fanático caballero, pasó la raya. El griego Pedro de Candia, soldado de los que le acompañaban, sintiendo renacer dentro de sí el espíritu heroico de los héroes homéricos, y luego el piloto Ruiz, y luego diez más, vencidos por el ejemplo de su capitán, y sobre su espada doce espadas más cayeron formando doce cruces en una sola.



le Pizarro, en el pomo de su espada la diestra, imperativa la mirada, bajo el arco magnífico de las cejas—. No se opaca mi gloria, pues que nunca la tuve, pero la tendré; no soy loco, sino valiente, y nada vale mi vida si no se salva mi empresa.

—Bueno, bueno, todas esas altiveces, seor Pizarro, á D. Pedro de los Ríos, gobernador de Panamá, y no á mí, pues él me envía.

Del tropel de soldados partió un grito ansioso: —¡Loado el señor gobernador, que manda por nosotros!

—Pues, sí—prosiguió Tafur—, el gobernador no cree en las fabulosas riquezas del Nuevo Mundo. De vuestros mismos soldados se han recibido quejas, y ved lo que ha llegado á Panamá, dentro de un ovillo de algodón de los que fueron enviados como muestra.

Y como Pizarro no supiera leer, el mismo Tafur leyó una carta del soldado Sarabia con esta sangrienta copla:

*Pues, señor gobernador,
mírelo bien por entero,
que allá va el recogedor
y aquí queda el carnicero.*

que se convierta en misión de sangre esta de paz con que á vosotros vengo.

—¡Ira de Dios!—gritó fuera de sí el conquistador—. ¡Antes rojo de sangre que de vergüenza! ¡¡Venid que os enseñe cómo vibra la espada de un buen vasallo del Rey nuestro señor!!

Los soldados ya se agitaban, como parodiando el oleaje del mar, cuando de la haraposca hueste de Pizarro salió el piloto Ruiz á apaciguar los ánimos:

—¡Calma, hermanos! Caballero Tafur, seguid á D. Francisco á su tienda y entendedos allí como hombres de bien. ¡Que no se diga que vosotros excitáis á los soldados!

Largamente conferenciaron; pero todo fué inútil.

Al caer de la tarde, mientras Pizarro arengaba á los suyos con un resto de esperanza, una voz salió de entre el pelotón de soldados á interrumpirle:

—No queremos perder la vida por unas pocas baratijas de oro.—Y un clamor unánime agregó: —¡A Panamá, á Panamá, á Panamá!

Entonces, Pizarro desenvainó su espada, y rápido, con un gran gesto heroico, digno de un titán,

—Por la cruz de nuestra espada—dijo el griego—juramos todos correr la misma suerte.

—Y esa cruz—terminó Pizarro—será el símbolo que triunfará en el Nuevo Mundo.

Resueltos ya á permanecer y á llevar adelante la conquista, Pizarro comisionó al piloto Ruiz para que volviese á Panamá á dar cuenta á Luque y á Almagro de los acontecimientos y á exhortarlos que no desmayaran en prestarles ayuda.

Tafur, vencido por el valor de los conquistadores, consintió en dejarles provisiones y los doce héroes, cuando las galeras se perdieron en el horizonte, cayeron de rodillas en la playa, renovando su promesa en el nombre de Dios Nuestro Señor.

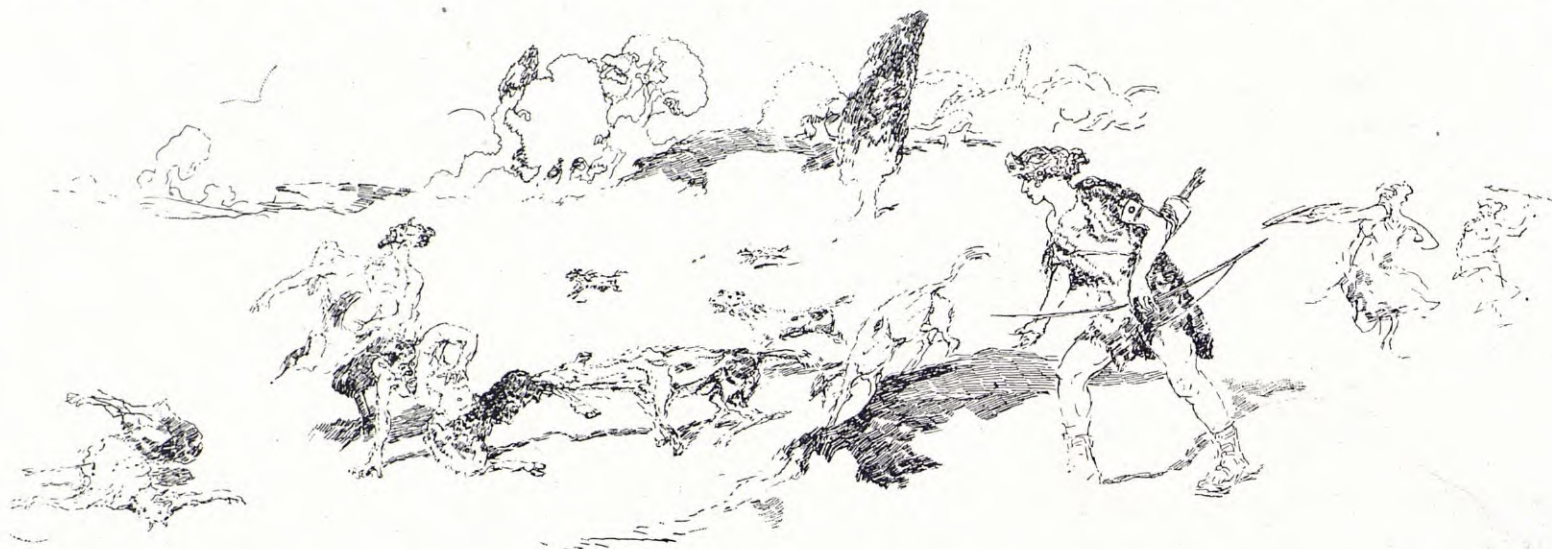
En el silencio del atardecer, el juramento de los doce leones tuvo un gran aire epopéyico, majestuoso y solemne. El mar puso, como un himno, su ruidosa armonía, y el sol enrojecido se hundió tras el Océano, como avergonzado de tanta grandeza.

Y así empezó la conquista del Perú.

FELIPE SASSONE

ANTAÑO Y HOGAÑO

LOS PLACERES DE LA CAZA



VÁLAME Dios, y qué apurados tiempos debieron de ser aquellos en que el hombre vivía en las cavernas y estaba en lucha contra todos los furores de la Naturaleza... Vida difícil debió de ser la suya, ni más ni menos que ahora, que nos gobierna y dirige el genio político de don

ce de sus manos de acero. Algo así como el héroe por fuerza, del que hay tantos ejemplos en la Historia.

Yo no me dejaba convencer del todo por el arte de las pinturas rupestres, hasta que sentí curiosidad de penetrar el misterioso encanto de la cueva de Altamira, cercana á la villa arcaica que se ufana de ser solar glorioso del marqués poeta de los Proverbios y las Serranillas. El montañés que me sirvió de guía se dió tal maña, que salí perfectamente enterado de la vida del hombrón primitivo, viéndole á él leyendo como en un

libro abierto en aquellos dibujos que representan á lo vivo el bisonte, el reno y el caballo. Maravillado quedé viendo desenterrar en un tres por dos un huesecillo que á mi ignorancia le parecía diente de conejo y que era en realidad, según el guía dijo en un sabio discurso, un minúsculo trozo óseo de no se qué animal extraordinario, cazado sin duda por los primeros habitantes altamiranos.

¡Alabada sea por siempre Diana cazadora! Desde aquella inolvidable visita á una cueva prehistó-

rica, di por bien empleado el tiempo que Virgilio pasó en componer algunos versos de las Geórgicas. Ahí está un arte primitivo immortalizando las primeras presas del hombre cazador. Fueron escenas con la belleza



Alvaro de Figueroa, Conde de Romanones. Por las nubes andarían las cosas de comer cuando, según historias peregrinas, aquellos hombres de cara torva, barbas hirsutas y fuerzas de oso, no reparaban en la necesidad y conveniencia de fomentar los bienes de la agricultura y en cambio dedicaban su astucia y su valor á la caza de los animales que les disputaban el dominio de la tierra. Ya se ve que desde aquellos oscuros tiempos acá no hemos adelantado gran cosa, porque hay muchos humanos que solo comen cuando cazan y no faltan los que en vez de cazar debieran dedicarse con más ahínco á cuidar y extender los beneficios agrícolas por que claman los pueblos pardos de la árida y legendaria Castilla.

Ahí están las cavernas de Tortosillas y Santillana demostrando con sus pinturas que si los hombres que las habitaron quisieron comer, tuvieron que dedicarse á perseguir y cazar á cuantas fieras se ponían á tiro de su flecha ó al alcan-





razas caninas más diversas cruzaron los campos en veloces carreras, para limpiarlos de toda especie de pájaros y alimañas. ¡Qué magníficos alardes de paciencia pudo ya hacer el hombre cazador, ojo alerta y escopeta en ristre, mientras el reclamo ensayaba su cantata y oteaba impaciente a su vera el *setter* fino y lustroso! El progreso de los tiempos todo lo iguala. Ya sobran cazadores y animales monteses sacrificados al tedio ó á la voracidad de los hombres. Por esas calles de Dios se ven los pobres pájaros

precursora de la que andando el tiempo hubieron de tener los cuadros de montería. Tuvieron la fuerza, la gallardía y el valor de las luchas del hombre contra los reyes de la selva y los emperadores de la llanura. La pelea noble y sangrienta del torax descubierto, la garganta desnuda y los brazos victoriosos contra las garras aceradas, las fauces encendidas y las crespas y flotantes melenas.

La caza, como un medio necesario de defensa y utilidad, fué una práctica de libertad y un ejercicio en que la destreza y la astucia se ensayaban á campo abierto, bajo la ardiente llamarada del sol. Aún los hombres no estaban divididos en castas y no había señores que impusieran sus leyes ni villanos que las acatasen, so pena de bailar en el aire una danza macabra, colgados de una escarpia clavada en lo más alto de una almena. Menos mal que la gracia, el lujo y el arte sustituyeron con ventaja á los placeres de la libertad. De aquellos tiempos son los lienzos y romances que poetizan el vagar de nuestras horas con sus sonos de montería. Por los caminos pedregosos, entre espinos y retamares, va la cabalgata gentil, damas y caballeros con su corte de halconeros y mozos de ballesta. La jauría corre y ladra impaciente y las aves de rapiña esperan el momento de tender su vuelo en el espacio para lanzarse sobre su presa. ¡Guay del villano que osara entonces imitar á su señor en la persecución del jabalí! Era la caza privilegio de los infanzones y solo ellos podían dedicarse al noble ejercicio con mucho lujo de lebreles y caballos enjaezados. De aquellos tiempos son las ensañadoras leyendas becquerianas de la corza blanca y los ojos verdes y el poético cuento de Abril que narra la amorosa aventura del trovador Pedro Vidal en los dominios de una princesa de Provenza.

Nada tenían que envidiar á las monterías medioevales, en arte y en belleza, aquellas cacerías de nuestro señor rey Don Felipe IV en los montes de El Pardo y en otros de tierras de Segovia y Toledo. Con ellas alternaba las fiestas galantes del Retiro. Como éstas, eran fecundas en galanteos y amoríos. También es verdad que mientras las trompas atronaban el monte y los lebreles ladraban con loca algarabía, el pálido monarca se iba enterando, un poco tarde, del estado del reino, dando oídos á las quejas y razones de los vasallos. Tal aconteció en el viejo parador de Juan Candado, en el camino desde Ocaña á Madrid, cuando una tarde se acercó á descansar de una larga jornada seguido del ambicioso Conde-Duque y de los Marqueses palaciegos de Heliche y Malpica.

Ya andaba entonces por el mundo la pólvora, adelantándose á las conquistas que hicieron en las postrimerías de un siglo los derechos del hombre y á las que ganó más tarde la democracia.

Antes que la ley del sufragio y la constitución del Jurado, llegó la abolición de los señoriales privilegios para la caza. Gentes de todas castas pudieron acechar el paso de las reses para hacer gala de su puntería. Las

que se otrecen en venta con las plumas de seda tintas en sangre. Pero apurados se verían Velázquez, Rubens y Vertangen para llevar al lienzo la gallardía de los cazadores de hogaño.

Estos tiempos son de prosa y carecen de arte y de emoción. Ya la caza, como otros tantos juegos de aventura y destreza, ha perdido el añejo encanto de que nos hablan los libros y contemplamos en los cuadros y grupos escultóricos de los Museos y Pinacotecas. No tiene la bárbara grandeza de los tiempos prehistóricos, ni la lejana poesía de la Edad Media, ni la belleza de aquel siglo que contempló la gentil figura del rey poeta. Acaso en las abruptas montañas de Cantabria algunos mozallones bravíos imiten la hazaña de los jayanes de Tablanca y Robacío que acompañaron á Marcelo en aquella memorable excursión que Pereda narra en las castizas páginas de *Peñas arriba*. Hazañas son que recuerdan las del hombre de las cavernas buscando á las fieras en su propia guarida. En su misma casa, los hombres montaraces buscan al oso para hostigarle y cruzarle el corazón con la hoja de un puñal.

Fuera de estas aventuras de la vida aldeana, pocas veces la caza tendrá



un momento de verdadera emoción. Más fácil es que un automóvil vocinglero detenga su marcha junto á una venta del camino y que algún fracasado *cazador* adquiera á buen precio un par de liebres que cazaron en las lindes del campo á manos del ventero.

Con disparar al aire varios tiros, gastando la pólvora en salvas, ya se puede entrar en Madrid ostentando el sangriento trofeo de una mañana de cacería.

José MONTERO

DIBUJOS DE MARÍN



Marín



INVOCACIÓN

Señor: si te complace la bondad
que reina en mi amoroso corazón,
guarda para mi fe resignación,
para mis amarguras, ten piedad.

Paladín de nobleza y lealtad,
escudé en el afecto mi razón
y es el daño la ruin compensación
que me otorga la injusta sociedad.



En premio á la honradez y la virtud,
me tortura incesante padecer
y sólo aliento una esperanza en tí.

Sálveme tu divina excelsitud.
Si otra gloria no alcanzo á merecer,
¡por qué, Dios mío, y para qué nací!

FEDERICO GIL ASENSIO

DIBUJO DE HEVIA

EL GESTO DE GOYA

ALGUNOS grandes artistas recibieron de los dioses tantas mercedes, que sus rostros reflejan una eterna paz y una expresión de bella armonía. El busto del divino Rafael, como la faz del caballero Velázquez, nos muestran la serenidad olímpica del que ha sido agasajado por el cielo con los dones de la hermosura personal, la distinción, la salud, el talento y la gloria.

Otros artistas, al contrario, parecen una protesta viva é inextinguible contra el Destino. Tienen el gesto eternamente trágico, intranquilo, lacerante. Son feos de rostro, incompletos de algún órgano personal, sordos ó enfermizos, y, además, en sus almas roe y muerde el gusano de las ansias insatisfechas, y de los anhelos improbables, y de las amargas jamás bastantemente justificadas. He ahí la cara triste y maltrecha del viejo Miguel Angel; el rostro cecijunto y enorme del solitario Beethoven; el gesto violento y despectivo de Goya.

Por qué estaba Goya tan rabioso y por qué introdujo tanto la tragedia en el mundo y en la vida, ¡esto es imposible desentrañarlo! Se lleva dentro de sí la tragedia, y entonces no valen nada los fenómenos y las cosas circunstantes. Llevaba Goya el espíritu trágico dentro de su ser, y todo el mundo como un reflejo sumiso, se le convertía en violencia y en tragedia.

Sin embargo, ¡cómo estaba dotado para la expresión dichosa y jocunda de la vida! El rico y perfumado siglo XVIII tiembla de emoción y elegancia cuando su pincel quiere; las sedas y las mantillas, las gasas y los chales, los casacones dorados y las calzas carmesí, las peinetas y los alamares, todo lo que hay de brillante, alegre y lujoso en aquel siglo, Goya lo ha retratado y ensalzado. Pero es como á regañadientes. Y es lo cierto que el alma de Goya se siente más libre y á gusto cuando se abandona al impulso de su carácter: aguas fuertes, caprichos, tapices, fusilamientos y muecas horribles de la guerra.

Resulta, pues, al modo de una vida defraudada. ¿Qué tiene que hacer Goya en el siglo XVIII? Su sitio estaba bastante atrás, en el Renacimiento, la época de la violencia y de los personalismos exaltados; ó un poco más



"Una maja"

(De los caprichos de Goya, que se conservan en el Museo del Prado)



"La bajada al infierno"

adelante, en el Romanticismo, la edad patética y arbitraria. El siglo XVIII sienta bien á Tiépolo, á Reynolds, á Gainsborough.

Lo mismo Reynolds que Gainsborough, como antes Van Dick, extraen de Inglaterra el hondo, el implacable, el inexorable sentido británico de la aristocracia. A la manera de los griegos, el inglés estima lo que hay de dulce, perfecto ó progresivamente estético en la Naturaleza. Las personas de Gainsborough y los paisajes que las rodean, se nos aparecen como compendios de cuanto bello y noble y elegante puede crear el mundo. ¿Eran así siempre las personas y los paisajes que rodeaban al artista inglés? Tampoco las personas de los griegos podían ser tan puras é insuperables como aparecen en las estatuas que nos legaron. Pero esta rectificación ó mixtificación de la Naturaleza, cuando colabora el genio griego, produce la obra sublime; en cambio, si el genio no es bastante poderoso, puede producir únicamente lo bonito.

Goya era inhábil para incurrir en lo bonito, y aunque su siglo le instaba con falaces recomendaciones, aunque en efecto se veía rodeado de frivolidad y de minuetos, de sedas y gasas y casacones, el agrio artista se evadía impetuosamente, y á través de su siglo perfumado y razonable, introducía por todas partes su violencia y su romanticismo.

Dentro de la escala de los caracteres españoles, Goya es un continuador, un hermano de Quevedo. Le gusta añadir á los episodios que narra ó pinta una objeción personal. El mundo lo comprende en forma de controversia, y sus comentarios no faltan nunca; cuando no le basta el pincel, agrega una frase de su propio puño. ¿Por qué pinta sus caprichos? ¿Cómo justificar muchas de sus aguas fuertes? Tiene necesidad de exprimir la ácida poma de su temperamento, y para su fantasía desenfrenada los cuadros murales serían insuficientes. Y al pinta sus tapices, ¡vedle reservarse un lado de licencia! *La Maja y los embozados, El cacharrero, La gallina ciega*: hay en esos tapices más desenvoltura, imaginación, gracia y novelaría, que en todo el siglo XVIII entero...

José M.^a SALAVERRIA

LA OPERA
ARTE CONTEMPORÁNEO



DÍA TORMENTOSO EN LAS PALUDES PONTINAS (ITALIA)
Cuadro de Francisco Pradilla (Propiedad de los hermanos Bou)

HUÉRFANOS CON PADRES



La tristeza de los niños sin infancia! No nos referimos á los hijos de las parejas de miserables que ya tienen que ganarse la vida apenas aprendieron á sostenerse en el cómico equilibrio de los patitos. Para esas criaturas, la existencia adquiere una dureza y una crueldad horribles desde la cuna á la fosa común. Sin embargo, no carecen de infancia. El mísculo vendedor de periódicos, el aprendiz de un taller cualquiera, el *botones* ya clásico, no gozarán como los principitos ni como los chicos burgueses; pero no cabe duda que disfrutan de los privilegios de su edad. Corretean libres, hacen mil travesuras en el obrador, á veces inspiran la nostalgia maternal á las estériles bellezas profesionales, que los besan en las aceras de los cafés, y ablandan la fiera autoritaria de los guardias, que iban á cazar á un golfo, y el zapazo de las enguantadas garras se convierte en un tirón de orejas casi cariñoso...

Ahora pensamos en los niños de los hogares confortables, en donde se atiende á todas las necesidades del rapaz, menos á las del alma. Porque muchos padres no conceden alma á sus vástagos, como algunos maridos y amantes se la niegan á la mujer. En ambos casos se mani-

fiesta la falta de ternura en el pecho varonil. Y es horroroso el espectáculo de los pequeñines á quien no se les entregan los trajes absurdos y pintorescos ni se les permite dar gritos ni se les protege contra la realidad amarga de la vida. El muñeco pasa del miedo á los fantasmas al miedo al padre, y de ahí al miedo al maestro. Se encogen en su lecho para hurtar el cuerpo al monstruo de la pesadilla, que amenaza con devorarlos, y disminuyen su espíritu ante la fosa gravedad del progenitor y esconden su cuaderno de calcomanías al sentir el carraspeo con que se anuncia el dómine... Y todo esto es tan enorme y dramático como sería el que las rosas se obstinasen en imitar á los erizos...

¡Los niños sin infancia! Recordamos un ejemplo de dos filos, el de la tragedia y el de la grotesquez. Un amiguito nuestro de quince años soñaba en su primer sombrero de paja que ya no fuese la pamela con las cintas flotantes y el barbuquejo elástico. Pensaba en un *canotier* luminoso como un limón con su lazo negro; un sombrero, en resumen, que ya no impusiese la personalidad en su amo, sino todo lo contrario. El padre de mi amigo ofreció la vistosa prenda á cambio de un sobresaliente en el Instituto. Una

tarde de Mayo llegó el escolar con la papeleta del examen y con una rama de acacia en flor. Para evitar una excesiva familiaridad el papá no miró la nota, y en cuanto al racimo blanco y aromático ordenó que se echase á la basura. Y ha llegado el instante de cumplir la promesa del sombrero. En efecto, á los dos días, mi pequeño camarada vino á verme con un sombrero de paja... teñido de negro... que dura más... ¡Pobre adolescente, obligado á llevar luto por su adolescencia muerta á mano airada por la viudez de sus ilusiones!... El muchacho se consideraba en ridículo y no frecuentaba sus círculos legítimos de compadritos ni buscó la primer novia y comenzó á odiar la injusticia social...

Compadeceos de los niños sin infancia. ¿Cómo se conocen? A simple vista. No son iguales en su aspecto á los niños de verdad. Parecen hombres y mujeres pequeñitos. Contemplad esa niña con la cesta al brazo y con una mirada tan pensativa... Desamparada de los suyos, es ella quien hace de madrecita de su hogar.

FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ

CUADRO DE JUAN BRULL

LA ESFERA

BELLEZAS ARISTOCRÁTICAS



CÁMARA-FE

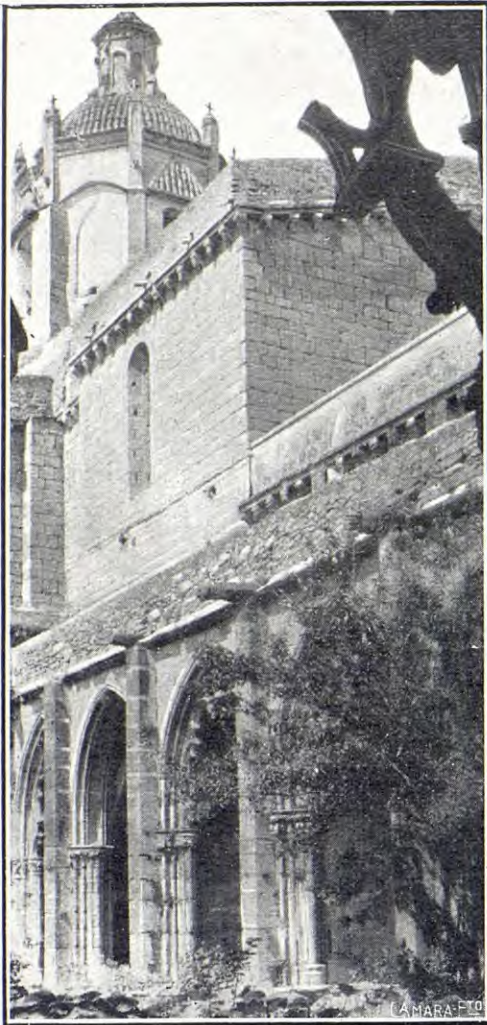
MARÍA MATILDE PICHARDO Y AMBLARD

Bellísima señorita, hija del ilustre escritor y primer secretario
de la Legación de Cuba en Madrid, D. Manuel S. Pichardo

FOT. FRANZEN

ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL

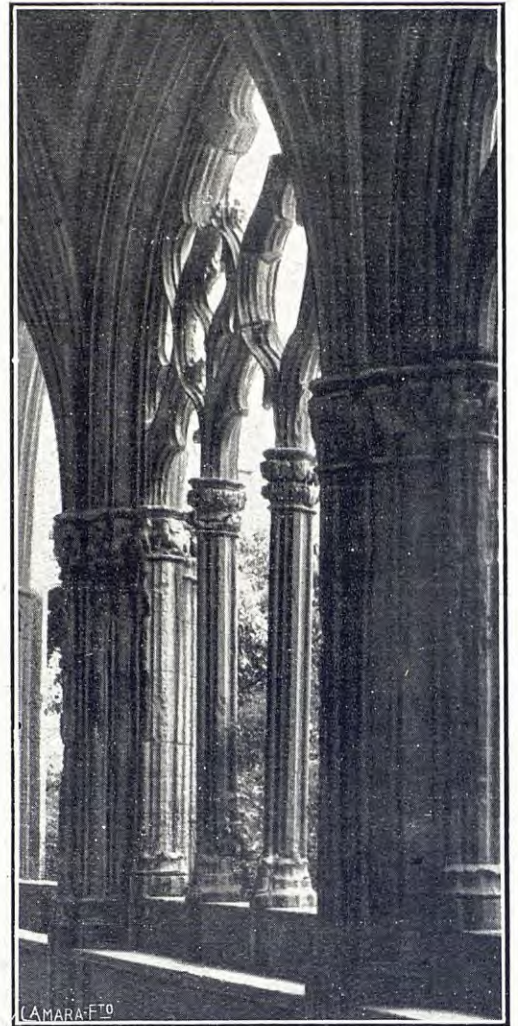
SANTAS CREUS



Perspectiva desde el claustro



Cruz de término



Un detalle de los claustros

EN Santas Creus, pequeña y pintoresca aldea perteneciente á la provincia de Tarragona, hállase situado el famoso monasterio de este nombre, que constituye, después de su congénere el de Poblet, el mejor monumento de la orden cisterciense en Cataluña.

Acerca de la fundación de esta residencia religiosa son varias las versiones que han propalado los historiadores, pues mientras unos aseguran que la fundación del monasterio se debe á uno de los reyes de Aragón, que llevaron el nombre de D. Pedro, otros sostienen que su fundador fué D. Guillén Ramón de Moncada, que ordenó su construcción en desagravio del asesinato que cometió en la persona de Berenguer de Vilademuls, arzobispo de Tarragona.

Sin embargo, posteriores averiguaciones han venido á demostrar que quien real y verdaderamente fundó el monasterio fué el conde Berenguer IV, fundador asimismo del antes citado de Poblet.

La época en que tuvo lugar la fundación del monasterio de Santas Creus se remonta al siglo XI, siendo verdaderamente admirable el estado de conservación en que se encuentra todo el edificio, no obstante las centurias que han pasado sobre él.

La pureza de líneas, la sencillez y elegancia de las archivoltas, la grandiosidad y amplitud de sus naves y el conjunto, en fin, que presenta el monasterio en su totalidad, es digno del renombre y la fama de que goza; pero esto no obstante, lo más notable de él es la iglesia, maravillosa creación, exuberante de prolijos y afiligranados labrados de incalculable mérito y extraordinario valor, que aventaja no

sólo á la de Poblet, su rival en belleza, sino á todas las demás existentes en Cataluña.

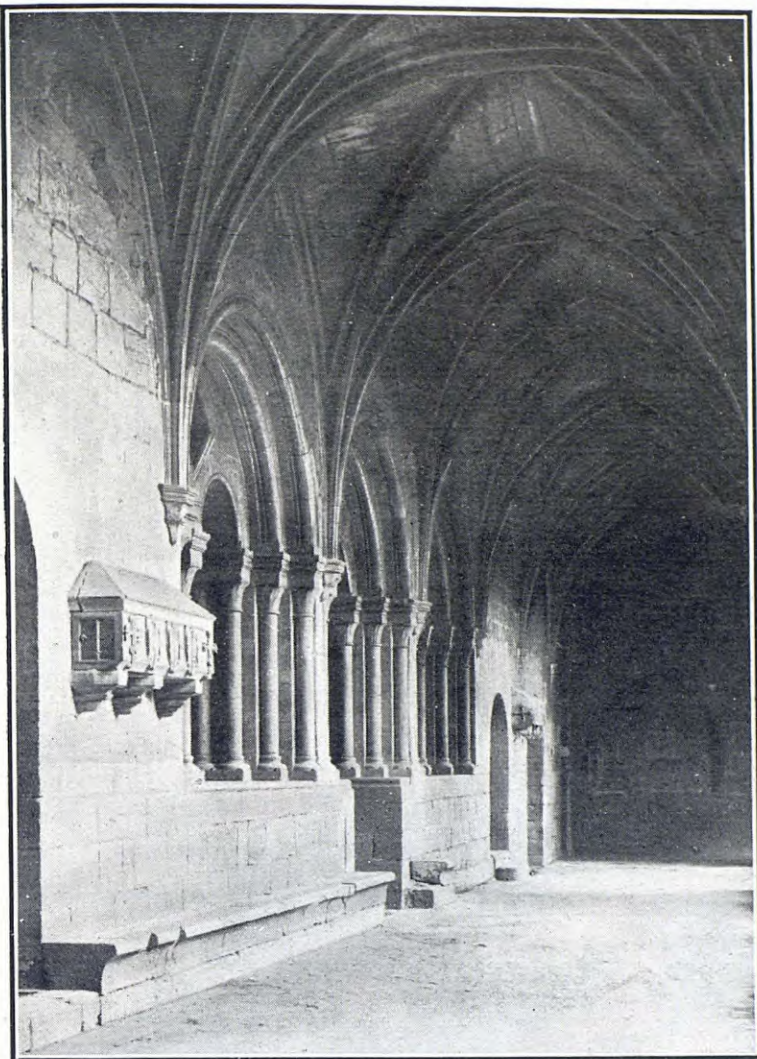
En efecto, la gallardía de sus proporciones y la esbeltez de todos sus miembros, contribuyen á hacer de este templo uno de los más notables que hemos tenido ocasión de contemplar, y como demostración de este testimonio, bastará decir que son numerosísimos los viajeros que, al cabo del año, visitan la aldea de Santas Creus para recrearse en la contemplación de esta iglesia, verdadera joya del arte cristiano, en la que flota un apacible ambiente de misticismo y religiosidad.

Apenas se trasponen los umbrales del monasterio, descúbrese la fachada de esta iglesia, que se asienta sobre unas espaciosas gradas situadas al borde mismo de una cisterna. El conjunto general del templo está formado por un sencillo cuerpo del cual parten dos alas de menor altura coronadas de almenas. Una esbelta ojiva, elegante y sencilla á la par, destácase en las cimbras concéntricas del pórtico principal, entre dos ventanas semicirculares, siendo por todos conceptos interesante la gallardía de la ojiva y la esbeltez de las columnitas que la sostienen.

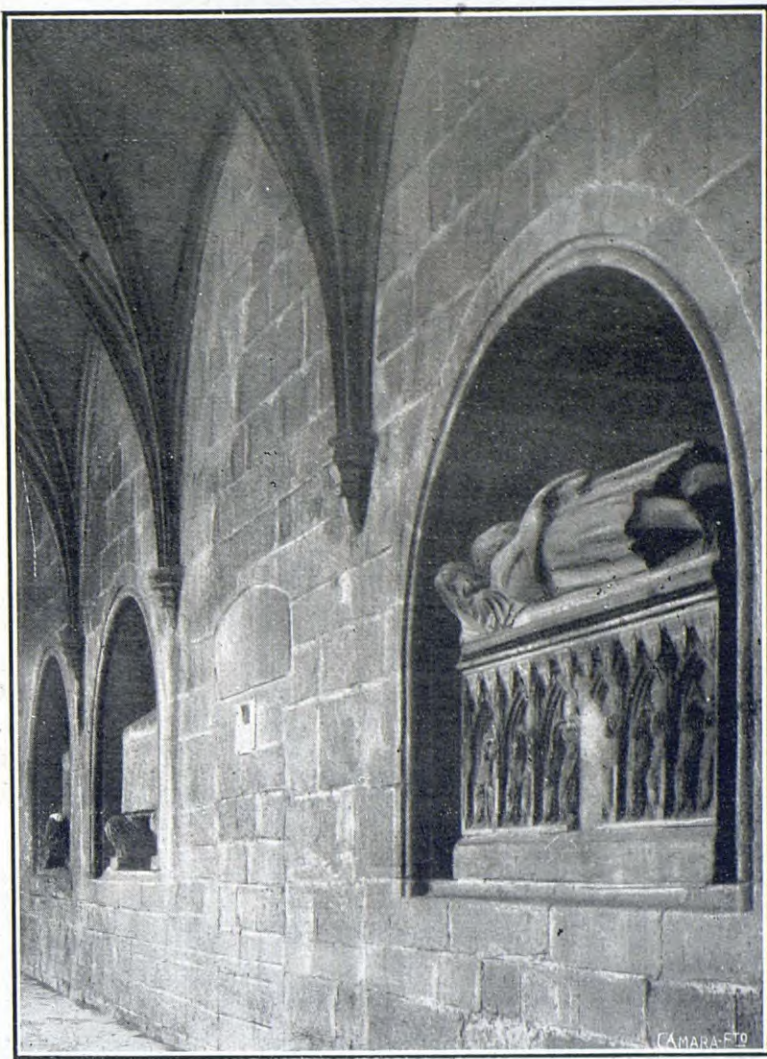
El interior de la iglesia, en su totalidad, tiene un gran mérito artístico, siendo también dignos de atención, por su extraordinario valor, los sepulcros que se conservan en los recintos del monasterio, entre los cuales recordamos los de D. Ramón y D. Guillén de Moncada, situados en el coro; D. Pedro, el Grande, conquistador de Sicilia, y D. Jaime II, dominador de Cerdeña, que descansan en el crucero. En otros diversos lugares yacen los restos del almirante Roger de Lauria,



Otro detalle de los claustros



Claustro del aula capitular



Sepulcros existentes en el claustro Este

doña Blanca de Nápoles y algunos otros nobles famosos en la Historia.

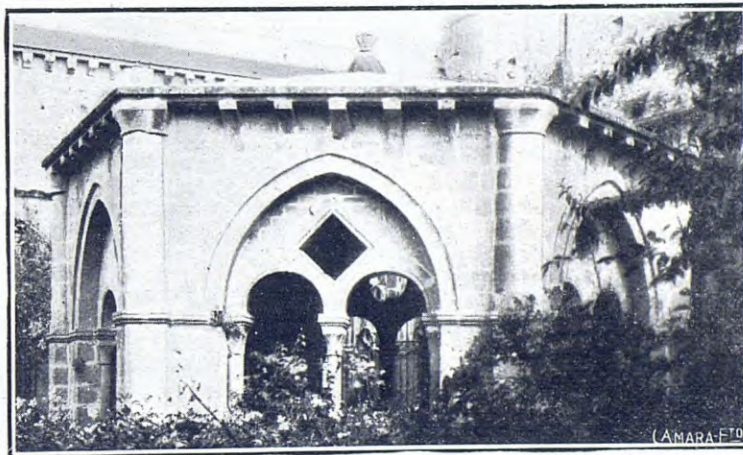
Todos estos sepulcros son verdaderamente notables y demuestran el cuidado que los escultores de aquellas épocas ponían en la construcción de los monumentos funerarios.

El trazado general del monasterio es verdaderamente admirable, y asimismo son dignos de admiración los magníficos trabajos escultóricos que constituyen la ornamentación del mismo. Especialmente, llaman la atención del visitante las esculturas que adornan los pórticos de ingre-

so, que son diversos y de solemne grandiosidad, y los primorosos capiteles de las columnas de los claustros, cuyo prolijo y minucioso labrado hace de ellos verdaderas joyas artísticas.

Por nuestra desgracia, hemos de ser concisos en este trabajo porque así lo exige la carencia de espacio, pero de todas suertes, las fotografías que ilustran estas líneas compensarán al lector de la parquedad de los detalles que consignamos.

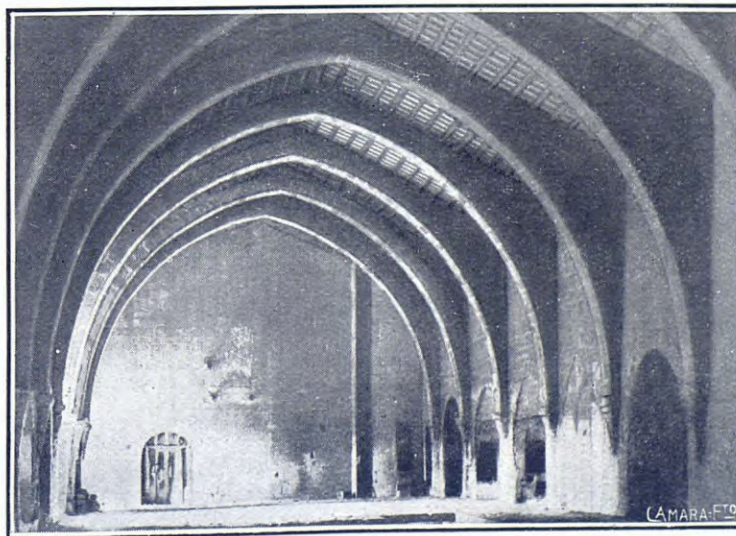
L. G.



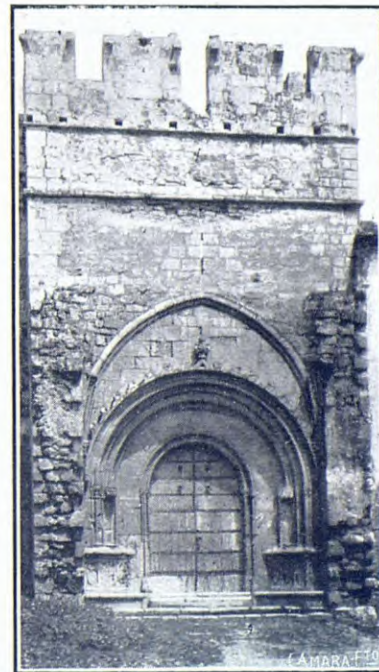
Templete existente en el claustro



Puerta Real ó de los claustros



Dormitorio de novicios



Puerta de entrada á la clausura exterior

POETAS AMERICANOS



EL BARBIJO

Allá va el gaicho, ceñudo y triste,
cortando pampa. Como un vencido,
ya terminada la lucha altiva
donde su fama rodó al abismo,
dejó esa noche las calles locas
del pueblerío,
entre el murmullo de los curiosos
que en el infierno de su martirio
repiqueaban sus frases torpes,
que en vez de frases eran ladridos.
—Ya el orejano lleva una marca,
lleva la marca del enemigo—,
dicen las frases, las frases torpes
aún más filosas que los cuchillos.
Frases terribles que para siempre
lleva adheridas á sus oídos,
aunque los campos pueble Alegría

y Aurora bella lance sus brillos.
Es la mañana. Todo sonrfe,
el campo, el aire, la selva, el nido.
¡Tan sólo el hombre marcha en silencio,
ser que aún alienta, pero vencido!...

ooo

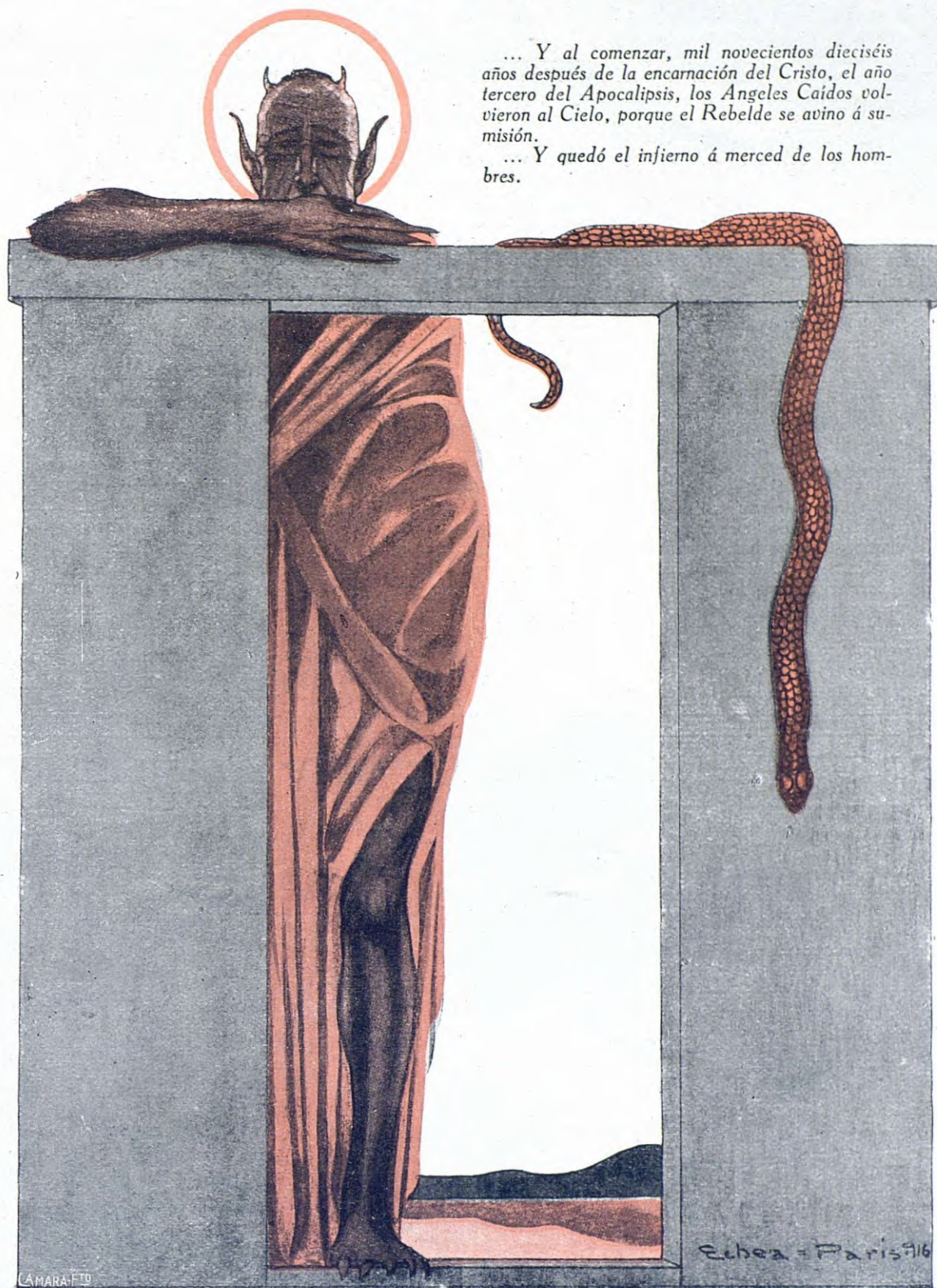
Allá va el gaicho, ceñudo y triste.
Como una afrenta lleva un «barbijo»
que el adversario puso en el borde
de su mejilla con el cuchillo;
con el cuchillo filoso y ancho
que el brazo fuerte no pudo, listo,
parar en lo alto, cuando en los vientos
trazaba círculos como en delirio
de luz y sangre. ¡Maldita estrella
ha iluminado su ruin destino!

Allá va el gaicho, ceñudo y triste:
no habrá espesura ni habrá escondrijos
hospitalarios para su afrenta.
¡Nada mitiga dolor tan vivo!
Si él no ha sabido morir como hombre,
ahora que sufra, que triunfe el sino.
Por eso cruza cortando pampa,
ceñudo y triste como un vencido,
bajo la carga de su derrota
y la vergüenza de aquel «barbijo»
que su adversario puso en el borde
de su mejilla con el cuchillo.
¡Herida eterna que nada borra
y que le quema como un castigo!

ALBERTO GHIRALDO

DIBUJO DE MOYA DEL PINO

SATANÁS, DESTRONADO



... Y al comenzar, mil novecientos dieciséis años después de la encarnación del Cristo, el año tercero del Apocalipsis, los Angeles Caídos volvieron al Cielo, porque el Rebelde se avino á su misión.

... Y quedó el infierno á merced de los hombres.

EL día en que, mil novecientos dieciséis años antes, nació el Salvador, fué un día de graves y amargas reflexiones para el Diablo.

Encerrado en la más lejana y silenciosa de sus cavernas, allí donde no podían llegar hasta él las adulaciones de sus infernales cortesanos ni las quejas de los condenados en tormento, Lucifer reclinó la frente sobre las temblorosas palmas de sus manos, y así meditó... Meditó durante largos años, porque ante su memoria pasó, no ya una breve existencia como la humana, que un instante basta para recordar, sino la eternidad entera: la eternidad desde el principio de todas las cosas; desde el origen de los orígenes; desde el fin de lo infinito...

Y el Malo sintió la inconsolable amargura de una nostalgia sin esperanza, al evocar sus días de bondad, de luz y de gloria, cuando era el Serafín y moraba en el cielo del Septentrión, en un palacio de oro y diamante, alzado sobre las siete estrellas del Misterio.

Era entonces el más bello, el más fuerte y el

más ambicioso de los Angeles, y su belleza y su fuerza y su ambición le perdieron, porque se rebeló y fué vencido. Cierto que si cayó de la radiante cumbre donde era Príncipe, no dió en lo profundo y obscuro del Abismo sino para ser Rey. Pero su reino era el del humano dolor, y he aquí que el Hijo de Dios llegaba al mundo nacido de mujer; y he aquí que en el humilde establo de Belén se borraba el Pecado Original, ya que el divino Niño dormía sobre el regazo de Eva, y que apiadado de aquellos á quienes arrojará del Paraíso, Dios venía en busca de los hombres para redimirlos y apartarlos del mal.

Contra Dios mismo, contra el dulce y amoroso Jesús, ¿qué podía él, el Serafín caído, ni qué podían todas sus sorpresas ni todas sus argucias de Tentador?...

Ganados al bien los hombres, á quienes Dios llamaba hermanos, quebrábanse las cadenas que él, Lucifer, había forjado siglo tras siglo con dura y taimada labor, para sujetar eternamente las almas... No tenía ya, pues, el Infierno razón al-

guna de ser, y coligiendo que ni aun el señorío del Abismo le quedaba, y que hasta la sombra de su postrer ensueño se desvanecía, Satanás lloró...

Meditando había pasado el Diablo treinta y tres años, y en tal punto, quebrantando todas las consignas y afrontando las cóleras de su señor, el Gran Canciller del Infierno, llegó hasta el Rey de las Tinieblas y viéndole así, inclinado é inmóvil, y creyéndolo dormido, posó levemente la diestra garra sobre su espalda, y dijo:

—¡Señor, los hombres están crucificando á Jesús!...

Bruscamente alzó Lucifer el rostro. Por las cuencas de sus ojos anublados corrían lágrimas de fuego. El Gran Canciller, espantado y temiendo haber sido indiscreto, se retiró presuroso.

—¿Habéis dicho á nuestro Príncipe lo que pasa en el Calvario?—preguntaron al verle torna: los consejeros y los cortesanos del Pie de Cabra.

—Era inútil diligencia—respondió el Canciller—. Nuestro Príncipe lo sabía ya.

—¿Su regocijo será grande?—inquirieron los Malditos.

Y el Canciller, alzando hacia el imposible cielo sus brazos, como náufrago en mar de asombros, concluyó:

—¡Satanás llora por la muerte del Nazareno!

En la corte del Diablo, la Historia se escribía entonces como ahora se sigue escribiendo en las mundanas cortes de los Príncipes cristianos.

—¡Están crucificando á Jesús!... ¡Están crucificando á Dios!... Lucifer se repetía la increíble, la monstruosa, la inaudita frase, y secos ya de todo llanto, abría, desmesurados por el terror, sus ojos, cuyas pupilas creían cegar.

Luego, cuando recobró el dominio de sí mismo, el Malo, en un sobresalto de perversa alegría, pensó:—¡Ahora es cuando el mundo es para siempre mío!...

Pero instantáneo, un inmenso pavor hecho de clarividencia se apoderó de él, y en su espíritu se alzó, lúgubre como el doblar de una campana, la inexorable voz del presentimiento.

—Si los hombres crucifican á Dios—pensó—; si en el mal son más audaces y obcecados que yo, que hace un momento sufría de nostalgias del Cielo; si rechazan el perdón que Dios mismo vino á ofrecerles, ¡ese perdón que yo anhelo!; si, en suma, de mis discípulos pasan á ser mis maestros, ¿no pasaré yo, de ser el Príncipe de los Malos, á ser su instrumento y su siervo?

A esta angustiosa interrogación, el buen sentido de Satanás respondió afirmativa y categóricamente:—¡Sí, serás vencido por los hombres también!... Pensabas y temías verte reducido á la

triste condición de Monarca destronado. Algo peor te aguarda, y es la esclavitud...

En llegando á esta desesperada conclusión, y por vez primera desde la eternidad de su existencia, el Rebelde se arrepintió sinceramente de su rebeldía, y lo que en él comenzó por ser melancólica nostalgia, pasó á ser verdadera contrición.

Satanás imploró el perdón del Altísimo, pero el Señor, que en tal momento recibía en sus brazos el cuerpo ensangrentado de Jesús, no escuchó siquiera el lamento del Diablo, cuya voz se perdió en los ámbitos del Firmamento, ahogada por el trueno y por el rayo en la universal desolación...

Pasaron los años y los siglos, y la maldad humana fué creciendo con el tiempo. Hicieron los hombres suyas cuantas invenciones alumbró el ingenio del Malo, mas pronto estas invenciones del Infierno parecieron, sobre la Tierra, juegos de niños, y fueron tales los horrores del mundo, que, al llegar al Abismo de los Suplicios, los condenados sonreían con piadosa ironía, escuchando las penas inocentes y pueriles que Satanás dictaba.

Ocurrió así que, desvanecido todo temor, acabaron con él toda autoridad y toda disciplina, y la más espantosa anarquía se adueñó del Imperio de Lucifer. Sólo conservaban aún el Rebelde y sus secuaces una sombra de prestigio. Los condenados desobedecían y se burlaban, pero lo hacían con cierto decoro, guardando á las autoridades infernales una apariencia de respeto.

Mas llegó un mal día en que por las puertas del Reino de las Tinieblas se entraron unos cuantos millares de soldados muertos en Lieja... Había comenzado en Europa la guerra de las naciones...

Aquellos soldados llegaron hasta el trono de Satanás cantando himnos de guerra, y con suprema irreverencia pidieron á Lucifer que les sirviera cerveza. Venían de lejos, habían combatido en un huracán de fuego y de metralla, y tenían sed.

Encolerizado por tanta audacia, el Diablo ordenó que los más cargados de culpas fueran sumergidos en las calderas menos agradables: las de pez hirviente. Y así fué hecho. Pero tras de los caídos en Lieja, llegaron los muertos en La Marne, y los del Yser, y los de Polonia, y los de los Cárpatos, y al fin los de Verdún y del Somme, y estos últimos, mejor adiestrados en la guerra que los primeros, lanzaron contra los diablos, á modo de chanza, proyecciones de gases asfixiantes y de esencias inflamadas, hoy de uso general en los ejércitos. Los diablos huyeron despavoridos, pues aquel fuego era mil veces más cruel y temible que todos los fuegos del Infierno.

Encerrado de nuevo en la más lejana é inaccesible de sus cavernas, y rodeado ahora de todos los demonios, Satanás imploró segunda vez el perdón de Dios. Y el Señor oyó, al fin, el grito de arrepentimiento de Lucifer, grito al que unían su coro de imploraciones los diablos, y la infinita clemencia del Señor perdonó.

En un vuelo de claridades espectrales, que á los humanos parecieron, aquella noche, fantástica escuadra de aeroplanos, alzáronse hacia los cielos todos los Angeles Caídos. Dios no les concedió, sin embargo, su categoría primera, y para que guardaran memoria de su falta, no volvieron á ser Serafines.

ANTONIO G. DE LINARES

París, 1917.

DIBUJOS DE ECHEA

PANORAMAS EXTRANJEROS



El Ministerio de la Gobernación, en Basilea (Suiza), una de las más notables edificaciones de esta antigua y pintoresca ciudad cuyos orígenes se remontan á la Edad Media

FOT. A. G. WHERLE

ACTUALIDAD ARTÍSTICA  EL PAISAJISTA ROBLEDANO



"La casa muerta"



"El cristo de Rivas"

José Robledano ha expuesto recientemente hasta treinta cuadros y notas de paisaje en el Salón Iturriz.

Fue simpático espectáculo de juventud que con la sabiduría técnica no ha perdido la frescura de la inspiración ni ha puesto límites a la sensibilidad. Eran como ventanas abiertas a la naturaleza estos cuadros del joven ilustre artista. Se sentía la impresión de hallarnos muy lejos de Madrid y muy dentro de aquellas serenas calmas serranas, muy cerca del levantino mar embriagado de luz bajo el desbordamiento mirífico del sol...

En poco más de dos años la personalidad pictórica de José Robledano se ha desenvuelto en un sentido ascendente, que no suele repetirse entre los artistas españoles.

Después de unas reñidas oposiciones, obtuvo a últimos de 1914 una pensión del Círculo de Bellas Artes. Durante el período de esta pensión su cuadro *Crepúsculo en la nieve* era premiado con tercera medalla en la Exposición Nacional de 1915.

Nuevas oposiciones se celebraron en este mismo año y nuevamente obtenía la plaza de pensionado del Círculo el ilustre paisajista. Ahora estos cuadros del Salón Iturriz representaban parte del trabajo realizado durante 1916. Varios aspectos harto diferentes y definidos eligió José Robledano: la pintoresca sierra del Guadarrama, la playa y pueblo de Cullera y algunos sitios característicos de Madrid.

Hallamos, por lo tanto, en él un deseo de renovación visual que contribuye a la renovación temperamental. Sólo ya esto sería laudable. Si algún reproche podríamos ponerle al admirable artista, era su obsesión serranega, su obstinación en no ver otra belleza que la de pinares, barrancas y nieve, y todo ello fundido, trivialmente poetizado por una azulosidad aprendida acaso en Muñoz Degraín, el Muñoz Degraín de hace quince años, cuando empezaban este mismo José Robledano, Labrada y Robles y tantos otros a quienes luego la vida se les



JOSÉ ROBLEDANO
Notable paisajista y caricaturista.

echó encima demasiado implacable. Sin embargo, aun en estas sumisiones instintivas del discípulo al maestro, supo Robledano siempre destacar la rebeldía sana, fuerte, reveladora de criterios propios y visiones personalísimas.

Sus notas del Paular, de los pueblecillos serranos, de los crepúsculos encendidos por exaltado misticismo, de la exposición de 1915, tenían íntimo y recogido encanto de misterio.

Sería curioso, por lo tanto, ver como este espíritu de poeta y esta técnica sólidamente adquirida, respondían frente a una luz y un ambiente absolutamente distintos de los que hasta ahora había pintado.

Hasta tal punto la flexibilidad artística de José Robledano ha sabido responder de un modo afirmativo en el brusco cambio, que casi podríamos asegurar son más interesantes sus notas levantinas que sus notas serranegas.

¡Con qué embriaguez jubilosa y con qué viril fuerza están interpretados los cadmios, los azules, los cegadores blancos de aquella valenciana tierra ofrecida en voluptuosas y constantes nupcias al sol! Canta en estos lienzos del joven artista la alegría de vivir estrofas de himno heroico y de pagano epitalario. Enriquece ahora su

paleta, demasiado azulada quizás con refulgencias súbitas y breves del más puro verde Veronés. Este verde transparente y fúlgido, señoril y audaz, viene ya en la retina del joven paisajista y le sugiere bellas armonías decorativas ó luminosos puntos de atracción. Le hallamos diluido entre los encajes desflecados de esa admirabilísima nota titulada *Mar de mañana* (donde hay algo más que una promesa de gran marinista) y le encontramos también en un solo toque, pero aislado, tiránico, seguro de su fuerza en plena *Glorieta de los Cuatro Caminos*.

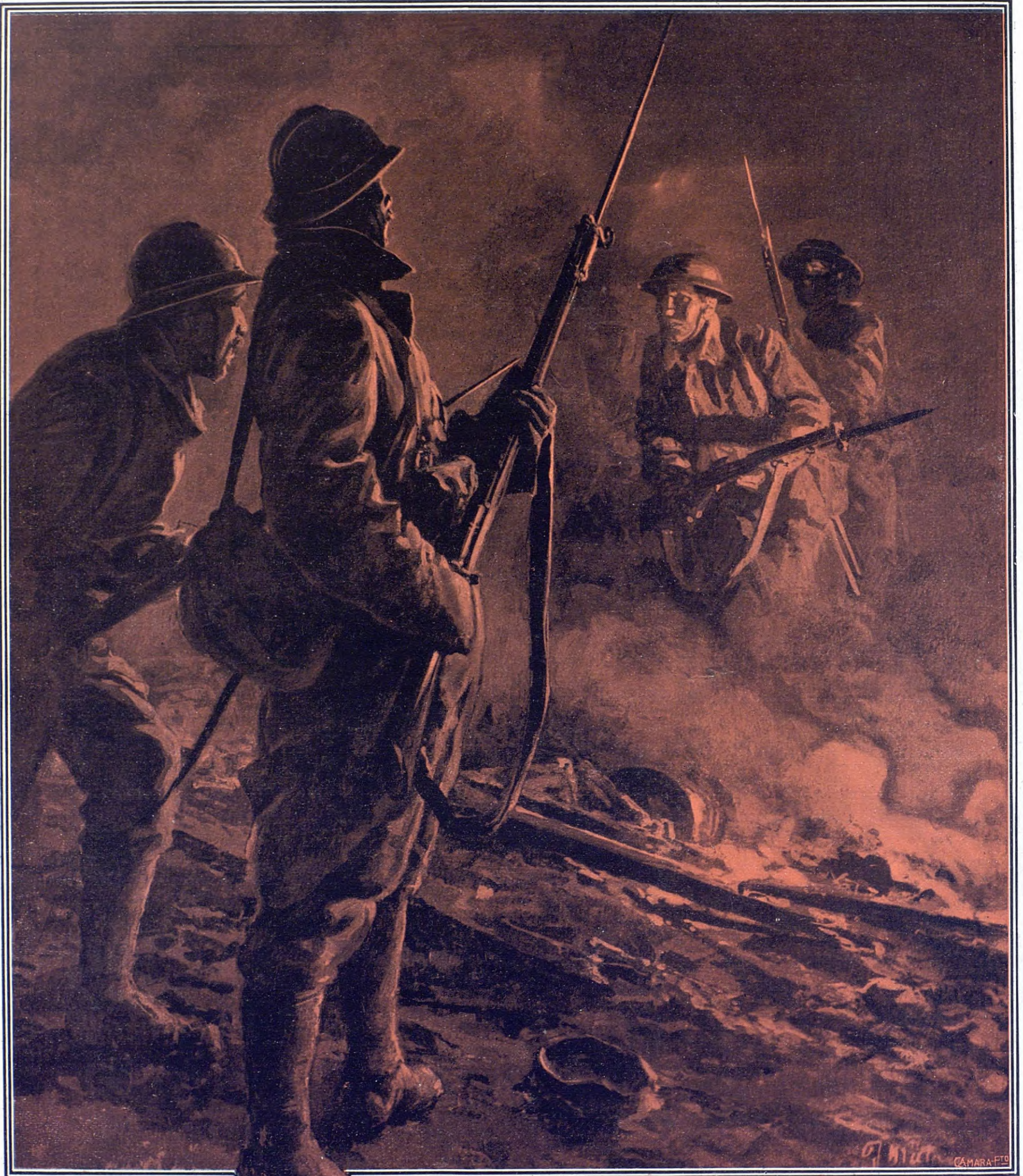
En la pluralidad de emociones íntimas y de espectáculos externos, ofrecida ahora por el joven artista, vemos cuajada una personalidad amplia, ecléctica, de un panteísmo capaz de amar lo todo, comprenderlo todo é interpretarlo todo.

SILVIO LAGO



"La Glorieta de los Cuatro Caminos"
(Cuadros de José Robledano)

LA ESFÉRA
ESCENAS DE LA GUERRA



ENCUENTRO DE DOS PA
DADES DE COM

TRULLAS DE EXPLORACIÓN, FRANCESA É INGLESA, EN LAS PROXIMI-
BLES, DURANTE LAS HORAS DEL AMANECER

DIBUJO DE MATANIA

Un episodio no poco frecuente en esta guerra en que luchan juntos por una misma causa soldados de distintas naciones, es este de encontrarse de improviso dos patrullas de exploración pertenecientes a distinto ejército, pero defensoras de un mismo ideal—si es que en esta espantosa tragedia universal se lucha por alguno limpio de toda bastarda aspiración—. El momento, contado por algunos que por él pasaron, es verdaderamente emocionante y terrible. Más emocionante y terrible que en otras guerras en que el soldado estaba ya habituado á los encuentros personales, á los cuerpos á cuerpos, y no como en esta guerra de topes en que el soldado espera en su trincherita la muerte, sin saber por dónde le llegará ni tener que esforzarse para buscar la gloria ó para perder la vida, que suelen muchas veces ser una misma cosa. Entre las brumas del amanecer, la patrulla atisba otra caminando hacia ella cautelosamente; empujando el fusil en acometedora actitud... «¡El enemigo!», es lo primero que se le ocurre pensar, é inmediatamente se apresta á la acometida y á la defensa, palpitante el corazón, sintiendo el escalofrío producido por la aparición de la Muerte... Luego..., deshecho el error, todo es alegría en las dos patrullas, y la seguridad renace en todos los corazones.

TEMPESTAD EN EL SOL

LA MAYOR MANCHA VISTA EN ÉL

EL astrónomo encargado de la observación de manchas solares en el Observatorio de Madrid, Sr. Aguilar, se vió sorprendido el día 28 del pasado Diciembre por la aparición de una mancha de grandes dimensiones en el borde oriental del Sol. Al avanzar ésta, por el giro del astro, fueron apareciendo cuatro núcleos más, que en total constituyen una perturbación solar de dimensiones nunca registradas hasta hoy.

Diariamente, en el Centro científico que tan dignamente dirige D. Francisco Iníguez, se estudia el grandioso fenómeno solar, sus variaciones, aspectos y detalles, así como se determina la posición de los núcleos en la agitada superficie del Sol. A la amabilidad de los observadores debemos las fotografías directas que acompañan á estas líneas, obtenidas con la ecuatorial de Stenheil el día 3 de Enero, en el momento en que el grupo de manchas se hallaba en la posición más favorable, á su paso por el meridiano central del Sol. La que representa

una ampliación del grupo se ha hecho sobre la misma original, y sin retoque ninguno.

Basta considerar la extensión que ocupa la parte de superficie solar manchada, con relación á la masa total del sol en la otra fotografía (donde se muestra el disco entero), para comprender la inconcebible magnitud agitada por la tempestad solar. Que no otra cosa viene á ser esta mancha colosal que tanto está llamando la atención del mundo científico.

El jesuíta Sheiner, quien primero observó las manchas solares, supuso que eran satélites del astro luminoso, cuyas sombras se proyectaban sobre el disco radiante al pasar sobre él.

Galileo creyó, y su autoridad impuso la opinión del sabio, que las manchas eran nubes flotantes en la esfera incandescente del astro.

Lalande, el célebre astrónomo francés, supo-

nía que las manchas eran montañas solares, y explicaba la gradación de obscuridad que la penumbra representa, como la proyección de las laderas, las cuales, vistas desde la Tierra, sin duda debían producir semejantes apariencias.

Derham consideró las manchas como volcanes solares, válvulas de seguridad del espantoso hervidero que formaba el núcleo. Estas dos últimas opiniones ó conjeturas son hoy imposibles de sostener, ya que se estudia y mide el movimiento de las manchas sobre la superficie solar, independiente del que aparentemente (con relación á nosotros) finge el giro del Sol.

Posteriormente, otros astrónomos han supuesto que las manchas eran escorias flotantes en el encendido piélagos solar, hasta que el astrónomo inglés Wilson demostró que las manchas son cavidades, rasgaduras de la superficie brillante del

disco, por donde se vislumbraba el núcleo ó región interior, más obscuro por el contraste con el resto del disco.

En tal hipótesis, la penumbra ó región que rodea á la parte central ó más oscura, sería el talud ó borde de la rasgadura.

Sometidos los cuerpos constituyentes del Sol á presiones y temperaturas de las cuales casi ni idea podemos formarnos, frecuentemente se elevan penachos que brillan sobre el disco con blancura más viva que el resto, y que se llaman fáculas. En ambas fotografías se ven estas fáculas cercanas de las manchas, unas, y otras más alejadas.

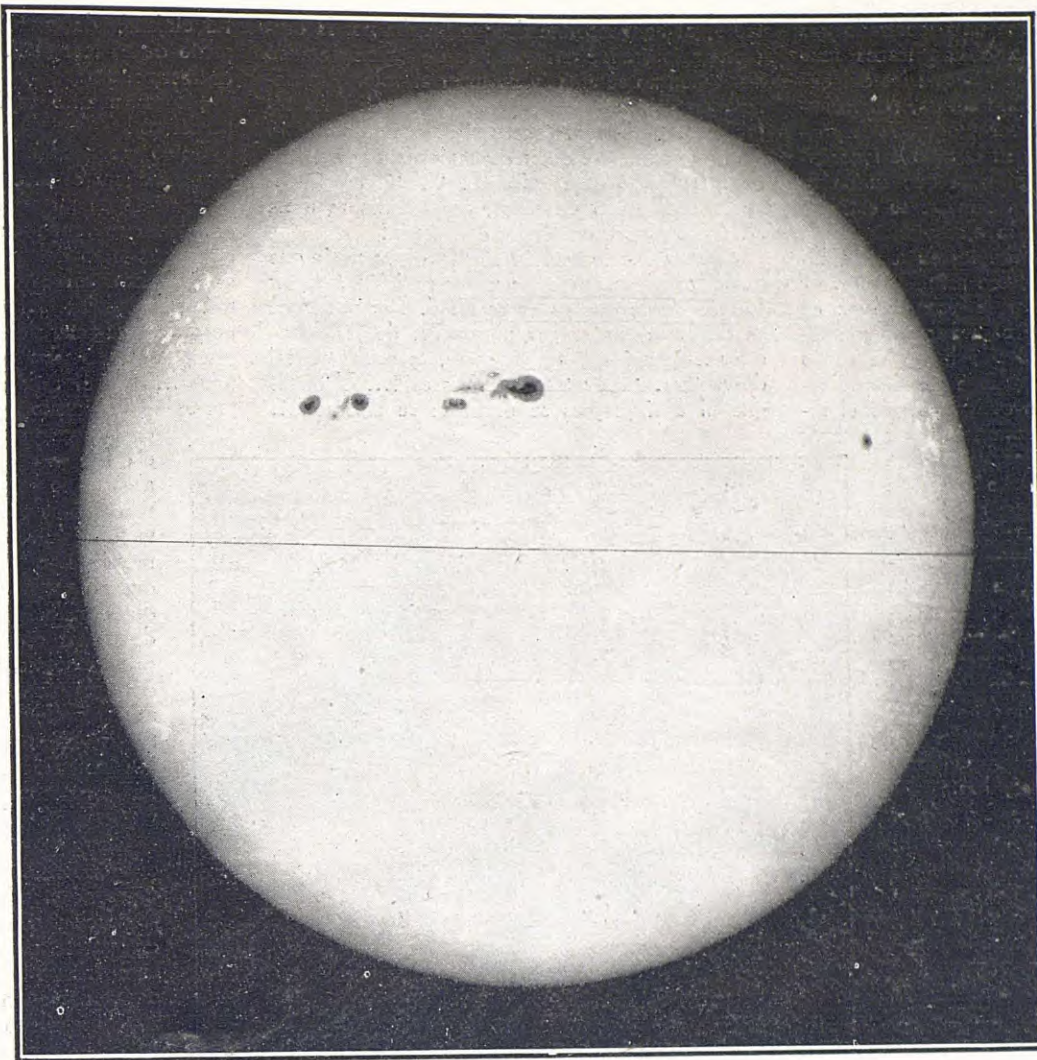
En contraposición á estas manchas elevadas por dondequiera, húndese la capa gaseosa en otros puntos y forma la sima del núcleo. Como en este oceano tan agitado tiende la materia con gran violencia á restablecer su equilibrio, por los borde de la penumbra se precipitan ríos de fuego que rellenan á poco la cavidad del núcleo, de donde á veces emergen chorros de nuevo

volatilizados, como dardos blanquecinos que interrumpen la obscuridad de la región central.

El grupo de manchas, cuyas fotografías directas ofrecemos á nuestros lectores, cubre una superficie del Sol que en la dimensión más larga alcanza á 363.308 kilómetros. La mancha principal, que fué la primeramente vista, ocupa ella sola 78.980 kilómetros. Estos datos se hallan deducidos de las medidas efectuadas en el Observatorio Astronómico de Madrid.

Así, pues, nuestra diminuta Tierra, con sus 13.000 kilómetros de diámetro, cabría con holgura por la mayor mancha del grupo, y hasta seis como ella podían también desaparecer en la obscura sima.

La dimensión del grupo total equivale á 28 Tierras colocadas en alineación orientada según la mayor extensión del grupo.—RIGEL



Fotografía del Sol obtenida en el Observatorio Astronómico de Madrid, con la ecuatorial de Stenheil, el día 3 de Enero de 1917, á las 10 h. 25 m. de la mañana, por el astrónomo D. Miguel Aguilar y Cuadrado



Ampliación directa de la fotografía en que se representa el disco entero del Sol correspondiente al día 3 de Enero

PALABRAS DE ABÚLICO

EN medio de la calle me he encontrado una interesante carta escrita con trazos muy desiguales y sin más señas que las del encabezamiento y de la firma, las cuales, por lo imprecisas, equivalen á no tener ninguna. Creyéndola escrita para enviarla á su destino é ignorándolo yo, la reproduzco aquí para que su fin se cumpla, y á la buena obra de evitar su extravío se añade la que resulte de la ejemplaridad para otros lectores hermanos espirituales en abulia, indecisión y falta de ánimo. Dice así:

«Mi querido amigo: Por la primera vez en mi vida he tenido voluntad para adoptar una resolución de importancia. Desde luego te ruego que no atribuyas á la neurastenia mi determinación. De mi neurastenia no queda ya sino el recuerdo de las molestias ocasionadas por el régimen curativo y el de las manías que nublaban mi inteligencia. Ocho meses de reclusión en el campo me han curado de aquella enfermedad y de otras muchas espirituales, propias de los que os decís sanos de espíritu y que pueden resumirse en una sola: el ansia de vivir. En nuestros años mozos, creíamos los dos que la verdadera vida estaba en el amor. Pero tras el amor tú sólo te lanzaste. Y entre amores y amoríos pasaste las horas de alegría, de dolor, de pasión, de celos, de vanidad, de temor y aun de terror; horas dramáticas y horas grotescas, hasta que un día te creíste que habías equivocado el verdadero concepto de la vida y cambiaste en redondo. ¿Te acuerdas de tu frase? «Esto que estoy haciendo es idiota, esto no es vida»—me dijiste. Y al día siguiente, ante la estupefacción de la familia, te volviste hombre serio.

Para ti ser hombre serio consistía en desatar todas tus ambiciones y luchar por conseguir fortuna y honores, no tanto para tu satisfacción cuanto por dejar bien acomodados en la vida á los hijos... que pudieras tener ¡cuando te casaras! Dado mi espíritu rectilíneo, no te extrañará que me quedase atónito al oírte. Yo no concebía poderme casar sin amor, y te oía renunciarlo, porque no creías en él, y hablar de casarte. ¡Después, la propia experiencia me ha demostrado cuán equivocado estaba!

Mientras tú andabas de amor en amorío y de amorío en amor, yo... quise, como tú, vivir la vida que en mi concepto, como en el tuyo, estaba en el amor. Empecé por casualidad, porque la aventura vino á mí. No fué mi primer amor victorioso de mi iniciativa y de mi esfuerzo, sino donación de la suerte. De la vecindad vinieron el trato, la amistad, las confidencias, el conocimiento de su vida y, finalmente, la compasión, que yo confundí con el amor. Era muy bella. ¿Te acuerdas? Y tan desgraciada como bella. Huérfana de padres, había pasado de la pobreza dorada de la clase media á la miseria más triste, agravada por la convivencia con un tío suyo, vago y borracho, y su esposa, una mujer de tanta idiotéz como irascibilidad de carácter. A punta de aguja, había de mantenerlos á todos y mantenerse y vestirse á sí misma. ¡Y aun la miraban y la maltrataban sus tíos como si fuese una carga! Por compasión le hablé de amor y empecé el noviazgo. La compasión no me permitió romperlo cuantas veces lo intenté por consejo tuyo—¡sabía que se habría muerto si mi amor le hubiese faltado!—y por compasión me habría casado, si mi posición entonces me hubiese permitido crear una familia. ¡Y yo que no creía antes que se pudiese uno casar sin amor!

Y así, mientras el amor te hizo saborear todas sus mieles y todos sus acíbares, á mí sólo me proporcionó horas de sufrimiento, de amargura y de

tedio, al convencerme de que pasaba por la desdicha más grande en amor: la de ser muy amado por quien no se ama, y no tener el valor ó la dureza de corazón suficientes para romper tales relaciones. ¡Oh, tú no sabes el dolor de no amar á quien no ama, del dolor de fingir amor por fuerza de la rutina ó de la piedad! ¡Y tú, tantas veces enamorado de veras, me envidiabas á mí mi único amor, creyéndome dichoso!

¿Por qué te lo oculté? Por la misma razón que todos gustamos aparentar mejor posición ó mejor fortuna de lo que es en realidad. Por pudor de su desdicha, unos, por presunción de felicidad, otros... Quizá por ambas cosas, te oculté yo mi desventura. ¡Hay tantos felices así!... Y tantos que ni á sí propios se confiesan su amargura...



Avila. — Claustro de Santo Tomás

Ahora te explicarás por qué la muerte de aquella infeliz criatura me trajo como un rejuvenecimiento de todas mis actividades, y me lancé á luchar por la vida y por el arte con bríos que á ti te asombraron. «Es para olvidar mi pena», te decía yo, porque me daba vergüenza confesarte que la pérdida de aquel gran amor era mi liberación...

El miedo á volver á encadenarme con otra pasión como la que había pesado sobre mí me alejó mucho tiempo de las mujeres. ¡Las huía!

¡El amor me aterraba!...

Luego, ya en la madurez de la vida, en medio de los sobresaltos, de las amarguras, de los desmayos de la lucha por el triunfo, cuando he querido hallar en otras mujeres á quienes amé, la pasión que en mi primera enamorada tanto me pesó y tanto me hizo sufrir; no he podido lograrlo. ¡Había pasado la hora del amor, y el amor, como la suerte, pasa pocas veces—quizás una sola—ante nosotros!... ¡Y yo que estuve á punto de casarme sin amor, no me he atrevido va á casarme enamorado!

Este fracaso en el amor me fué volviendo misántropo, retraído... Con el pretexto de recoger mi espíritu, de dedicarme de lleno á mi arte, me

fuí alejando de toda vida de sociedad, hasta el punto de no leer ni la Prensa, nada que pudiera distraerme.

¡Busca nuestro espíritu tantos pretextos para perdernos!

Como me perdió la piedad en amor, me ha perdido ahora el recogimiento para triunfar definitivamente en mi arte... Ha dicho Goethe que el talento se forma en la soledad y el carácter en el torbellino del mundo. En arte, es un error esta máxima, sobre todo cuando se ambiciona el triunfo en vida... El talento se desarrolla á expensas del carácter; el carácter, entonces, no sabe granjearse amistades y va acabando con las antiguas... ¡Y el artista triunfa en vida no tanto por su mérito cuanto por los afectos que inspira á que compra. Luego, la posteridad enjuicia fría y definitivamente... Añade que aislado no se está al corriente del gusto moderno, de la moda, porque en arte también hay modas, comprenderás ahora mi dejadez, cada día mayor, mi desidia, mi pereza artística... El triunfo grande en vida lo veía más difícil, habiendo de luchar con la indiferencia, ó lo que es más doloroso aún, con las malas artes de otros para lograrlo, siquier sea efímero... para luchar por la posteridad no sentía ambición. Los clásicos no lucharon por la inmortalidad. Por la inmortalidad no se lucha conscientemente, es obra del genio y sólo la posteridad puede discernirla...

Creo que fué el padre de Balzac quien dijo al famoso novelista que en arte hay que ser ó príncipe ó nada. Es también una convicción mía... Así, pues, sin ansias de inmortalidad, y con menos fe cada día en el triunfo en vida, he ido poco á poco sumiéndome en una melancolía, en un amodorramiento espiritual, que mataba en mí toda voluntad y me hacía sentir el dolor de toda iniciativa, de toda resolución... Detrás de esto, la neurastenia se apoderó de mí...

De vuelta de mi viaje, completamente curado, cuando había sentido renacer en mí ansias de vivir, creyendo que la vida estribaría en luchar, llegué á Avila, visité sus monumentos armado de mi inseparable máquina fotográfica. Al ir á revelar el cliché, cuya prueba te adjunto, del poético claustro de Santo Tomás, sentí algo como una inspiración, como si se me manifestase de pronto el verdadero concepto de la vida. Luchar, ¿para qué? Cuánto mejor anihilar el espíritu, someterse á una tutela, á una regla, vivir la vida del claustro, sin iniciativa, sin preocupación, en paz completamente, muerto el espíritu para todo lo terrenal, sintiendo en vida el anonadamiento de la muerte. Vivir como en un panteón muy grande, desde el cual se ría uno de los afanes y de los cuidados de la irracional humanidad, no importarle á uno nada de nada... ¿Cabe felicidad mayor?

Estoy decidido. La neurastenia, al abandonarme, frustró mi esperanza de acabar en un manicomio... Para suicidarme no tengo valor...

Profesaré...

Un último temor me asaltó antes de determinarme: señor, mira que si un día se me nombrase prior de la comunidad... ¡Qué horror! Verme otra vez obligado á iniciativas, á responsabilidades. Por tortuna—pensé—no faltará allí también quien luche por serlo... En toda colectividad humana hay siempre tontos que ignoran el verdadero concepto de la vida, en qué consiste la mejor vida, la verdadera...

La verdadera vida consiste en no vivir...»

ENRIQUE GONZALEZ FIOLE

TODOS SUSTENTANDO LA GUERRA
LAS MUJERES HACEN MUNICIONES...

Los que conocen el trabajo de la mujer en las regiones españolas, no pueden asombrarse del esfuerzo que ahora realizan las mujeres en las naciones que están en guerra. En los muelles de Coruña y de Gijón, las mujeres son las que cargan y descargan los buques que llevan carbón. Por una estrechísima pasarela van, con su capacho cargado sobre la cabeza, desde la bodega del barco al muelle, y así, en una faena agobiadora de diez u once horas.

En Andalucía, en la Mancha y en Extremadura, la mujer participa de las más duras faenas del campo. En pleno estío, bajo el sol de fuego, acompaña al hombre en la siega y en la vendimia. Pocas jóvenes realizan este trabajo. En las aldeas y en los pueblos rurales, lo mismo en el Mediodía que en Levante y en el Noroeste, las mozas huyen a la ciudad para dedicarse al servicio doméstico. Las que quedan para estas labores son mujeres ya maduras, muchas de ellas en los linderos de la vejez y asombra la resistencia, el vigor y la resignación que tienen. Díjese con razón que hay en ellas una completa anulación del sexo. El sol les ha tostado la piel y reseca las carnes y endurecido los músculos. Y todo este sacrificio de la feminidad, toda esta reversión de la ley natural que exige al hombre el mayor esfuerzo y parece destinarle a los trabajos rudos, se paga con salarios míseros; estas mujeres que trabajan brutalmente de sol a sol ganan dos reales ó tres en Andalucía, una peseta ó seis reales en los puertos del Noroeste.

Ante este hecho, creemos que si España se viera arrastrada a una lucha como la que mantienen Francia ó Alemania ó Austria, que arranca los hombres del campo, de la fábrica, del escritorio y de la tienda para llevarlos a los frentes de batalla, no superaría en nada el milagro de trasfusión de trabajo que allí se ha realizado al que aquí se realizaría.



Operarias inglesas enfriando lingotes de acero en un asillero del Reino Unido



Una brigada de operarias en una fábrica de municiones inglesa

FOTS. HUGELMANN

Es cierto que allí ha llegado la mujer, en la necesidad patriótica de sustituir al hombre, a tomar parte en las industrias metalúrgicas, en los trabajos daniescos de los altos hornos, que funden el hierro, de los convertidores Siemens que producen el acero, de los laminadores por donde pasan las planchas al rojo vivo, de los martillos y los martinets que

condensan é intensifican bloques ardiendo que pesan toneladas. Se necesita para vivir en esta atmósfera, caldeada por el metal hirviente y cargada del carbono de la combustión, unos pulmones de titán. Las pobres mujercitas se agostarán prematuramente, irán cayendo una á una devoradas por la fiebre de la tuberculosis. Más víctimas habrá entre ellas, que entre los mismos hombres á quienes han sustituido, pero, en cambio, con este esfuerzo femenino ha podido acrecentarse la producción de armas y municiones.

Si la guerra ha de ser de desgaste, y si el triunfo definitivo depende del agotamiento de uno de los contendientes, como profetizaba Kitchener, no será por falta de cañones y ametralladoras, de bombas y de balas por lo que acabará la espantable lucha. Son las mujeres, — ¡tremenda y cruel paradoja! —, las que con su esfuerzo, con un esfuerzo inesperado, proveen á los servidores del Dolor y de la Muerte.

Así la guerra durará, según parece, mientras quede vivo aquel último hombre de que hablaba Cánovas. Cada año que transcurre se lanza á las trincheras una nueva generación. Francia acaba de llamar á filas la quinta de 1918. No es ya el presente, sino el porvenir el que se pone en riesgo.

Porque imaginad un año más de guerra; uno solo.

No está el tremendo daño en que habrá aumentado la cifra de muertos y heridos y en que hasta la mocedad de diecisiete años, en toda su generación, habrá perdido la vida ó la salud, sino en que estas mujercitas que han sustituido á los hombres en los más rudos y peligrosos trabajos, y especialmente en las industrias metalúrgicas y químicas, habrán sido diezadas por la anemia y la tuberculosis.

Las que queden tendrán la sangre envenenada por los miasmas metalíferos; tendrán los músculos extenuados, y las entrañas destrozadas. Se degeneran, de neurasténicos y de locos. ¡Y así la maldición de la guerra se perpetuará años y años, hasta la cuarta descendencia, hasta que el siglo maldecido acabe...!

MARTÍN AVILA



Avanzadas de la Moda

Páginas de la Perfumería Floralia



LENTAMENTE, sin ruido y casi sin darnos cuenta, está cambiando la silueta femenina. Durante dos largos años hemos permanecido fieles á los trajes cortos y amplios en los cuales encontrábamos una gracia juvenil que nos encantaba; pero los modistos, en su afán de renovar la moda, lanzan sus nuevos modelos en los cuales principian por «cortarnos los vuelos».

Efectivamente; con la supresión de una amplitud exagerada y de falsas líneas obtenidas á fuerza de volantes interiores y «godets», la silueta femenina se va normalizando y volve-



no, aunque de suma importancia para el conjunto, es colocado con sobriedad y así como por acaso.

Para los sombreros «trotteur» se hacen unas frutas de lana, terciopelo y piel, lindos anacronismos de su majestad la moda.

Las grandes modistas, en justa defensa de sus intereses, dan originalidad á sus adornos, procurando dificultar una copia demasiado fácil.

Pero más claramente que yo con mis explicaciones, os hablarán gráficamente estas siluetas en las cuales he procurado reconcentrar la nota saliente de lo moda.



mos á los pliegues y canelones armoniosos que modelan algo el cuerpo y hacen la línea más suave.

Las telas de esta temporada son favorables á dicha tendencia, pues son sumamente flexibles, conservando sin embargo un aspecto burdo y muelle muy propio de la estación.

El terciopelo de lana y el jersey, son los tejidos más empleados, pues, á pesar de su boga, no se cansan de ellos las elegantes.

Son encantadores esos trajes enteros de mil interpretaciones distintas que llevaremos algún tiempo; hasta el más sencillo tiene su encanto.

De terciopelo, «tryko», gabardina, jersey, bordados en colores, adornados con piel ó sencillamente con un detalle en distinto color, están siempre bien.

Estos vestidos y los trajes sastre combinación, se disputarán el favor de la temporada.

Estos últimos son trajes enteros elegantes de forma, que con la chaqueta puesta parecen trajes sastre, pero que en un té ó en el teatro, á cuerpo, resultan «vestidos» por la elegancia de su forma y la fantasía permitida en el cuerpo.

Los nuevos sombreros, como los actuales, son sencillísimos; el adorno



El primer modelo es un elegantísimo abrigo muy de vestir, de piel de nutria adornado con «opossum» ó también de «skungs».

Se compone de dos piezas: una linda chaquetilla más corta por delante, y (digámoslo así) la sobre falda, muy amplia, que llega debajo de la rodilla.

El segundo es un práctico gabán muy «trotteur», de gabardina impermeabilizada; lleva un cuello altísimo que puede doblarse á voluntad, y formando canesú unos pespuntos de torzal tono sobre tono. El cinturón y el gorrito son de charol.

Un acertado modelo es el número 3, hecho en jersey azul marino.

El delantero y la espalda están plegados, y á los lados lleva unos graciosos bolsillos terminados con dos borlas.

De terciopelo negro es el último modelo.

En el cuerpo lleva una esclavina, más larga por detrás, forrada de terciopelo fresa.

Piel de zorro blanco. De un efecto muy acertado es el terciopelo fresa sobre el negro, cuyo contraste queda atenuado con el tono suave de la piel blanca.